

El RASTRO de su VOZ

ANTONIO J. SÁNCHEZ



@becedario

Edición Primera: Diciembre 2014

Maquetación y composición: Yolanda Salazar
Portada: Sergio Rodríguez Moreno

© Antonio J. Sánchez
© Editorial @becedario
C/ América, 22. Local 1.
06010 - Badajoz. España
Teléfono: 924224400
Fax: 924224400
Email: abecedarios@hotmail.com
<http://www.letrasdelmundo.com>

Edición: Primera. Diciembre 2014

Depósito Legal:

I.S.B.N.: 978-84-9978-973-6

Imprime:

Reservado todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra

*A mis padres,
que se atrevieron a leerme antes que nadie*

Agradecimientos especiales:

A Manuel Jesús Soriano, porque él tiene la culpa de todo.

A Francisco Javier Carmona, por la oportunidad de enseñarlo al mundo.

A Alfonso Merelo, por sus correcciones y por hacer de abogado del diablo.

A Domingo Martín, por su Calcedario y el paseo por la cárcel vieja.

A Sergio Rodríguez, por aguantarme con la dichosa portada.

A Fernando J. Merchán, por el primer esbozo de la misma.

A Diego Lopa, por las fotos del ayer y las tardes en la tele.

A Antonio José Martínez Navarro, por su historia menuda de Huelva.

A José María Segovia, por alguna llamada intempestiva.

A Ernesto Lazo, Santiago Hierro y Camilo Gómez por la Huelva que vivieron.

A Paco Grajal y Manolo López Capelo, porque me atendieron encantados.

A César López, por hablarme de la historia de los discos.

A mis suegros, Manuela y Mariano, porque siempre estuvieron ahí.

A mis abuelos, Paca y Rafael, por su memoria y por algún recuerdo prestado.

Y no por ello la última, sino todo lo contrario, la más importante, Vanessa, mi mujer y mi confidente, que me aguantó todo este tiempo y en los peores momentos nunca permitió que me viniera abajo.

Especialmente, gracias a ti.

Te quiero.

*El que busca la verdad
corre el riesgo de encontrarla*

Manuel Vicent

El COLECCIONISTA de OBJETOS ÚNICOS

El mundo es un lugar extraño lleno de gente a la que antes de conocer es mejor olvidar para siempre. Dicho así resulta sencillo, pero no lo es, pues eso mismo debí pensar la primera vez que leí en una carta dirigida a mi madre el nombre de Sebastián Morell, un nombre que ni el viento recuerda ya. No eran muchos los que habían oído hablar de él y menos aún lo poco que se sabía al respecto. Tan sólo los rumores parecían ciertos. Uno de ellos, que siempre estaba dispuesto a pagar una fortuna por un objeto que fuera único. El otro, que nadie se lo había encontrado jamás.

O casi nadie...

—¿Eres quién creo que eres?

Su voz se encendió en la oscuridad como una herida abierta. Ni me atreví a despegar los labios. Estaba muerto de miedo y no era para menos. La carta emplazaba a mi madre al filo de la medianoche en una iglesia en ruinas. En su lugar aparecí yo, con un corazón de trece años bombeando bajo el pecho y una pistola oculta en el pantalón, tan fría como la muerte que respiraba por ella.

—¿Sigues ahí?

Sus palabras se arrastraban entre las sombras con una extraña cadencia metálica, distorsionadas y remotas como el campanario que resoplaba a lo lejos. Las doce de la noche. A esa hora La Milagrosa anegaba su nido de cenizas y hornacinas vacías en una penumbra azulada que cortaba la respiración. Cortesía del fuego de la guerra. Los únicos supervivientes de sus muros formaban una hueste derrotada de ángeles y santos amputados que agonizaban en el suelo, devorados por la humedad; más adelante, el altar quedaba débilmente iluminado. proyectiles de luz se paseaban entre los escombros con el eco fantasmal de una luna mortecina. Unos pasos más allá, la oscuridad ahogaba de nuevo la cabecera. De allí procedía la voz.

—Adelántate, chico. Muéstrate.

Obedecí con docilidad y me abrí paso a través de la niebla que barría la capilla como espuma de mar. Una hilera de bancos, donde la carcoma llevaba años dándose una orgía de astillas, llevaba hasta su voz. Caminé con cuidado, apoyándome en la pútrida madera de cada travesaño, arrastrando en los dedos la mugre que los tapizaba. A mitad

de camino tuve la suerte de tropezar con una losa rota y aterricé sobre uno de los respaldos. Dos destellos blancos relampaguearon en la oscuridad y se abalanzaron sobre mí. Enseguida me cubrí con los brazos, hecho un ovillo, y algo incomprensible se me escapó de entre los dientes. Segundos después, ya fuera de peligro, distinguí dos palomas alejarse, blasfemando entre arrullos a través del laberinto de bóvedas que coronaba el templo. Me miré las manos y vi unos cuantos arañazos.

—No te preocupes por eso. Lo peor de las palomas siempre está al caer — se burló—. Continúa.

Un rosario de arcos afilados como puñales me escoltó hasta la claridad que tiritaba cerca del altar. Para entonces la capilla ya se erguía en una gigantesca araña de nervadura, oscura y silenciosa, de largos tentáculos de pilastra que trenzaban la noche por mil resquicios. Luciérnagas de vapor tejían una telaraña de luz que atrapaba sombras en su abrazo de polvo de luna.

—Sé quién eres, pero no tu nombre —dijo la voz metálica.

—Martín... —me atreví a decir, casi en un susurro—. Martín Vázquez.

Estaba ahí mismo, invisible tras la pantalla de luz que empolvaba mis ojos, arropado en su cálido anonimato de tinieblas.

—He recibido la noticia hace poco, Martín. Siento tu pérdida. De veras.

Sus palabras, aparentemente sinceras, se perdían en las alturas, allá arriba donde docenas de palomas hacían noche como una familia de gárgolas.

—Muy amable —le agradecí con recelo.

—No se merecen. Pero ya sabes lo que dicen: cuando algo termina, algo nuevo empieza.

Las palabras de mi anfitrión se me atragantaron en la boca del estómago.

—Si sabía que ella no iba a aparecer, ¿por qué se ha presentado?

—Llámalo una corazonada —contestó—. Tengo la costumbre de creer que cuando la vida te da la espalda, la muerte siempre te devuelve una segunda oportunidad. Y de éstas no hay muchas en este mundo. Recuérdalo, Martín: siempre hay que tener fe en las segundas oportunidades.

—¿Y eso por qué? —pregunté.

—Porque en eso consiste la gran mentira de que nunca hay que perder la esperanza.

—No me diga. A eso lo llamo yo ser un romántico.

Un sonido entrecortado se abrió paso en la noche, una carcajada polvorienta que me puso los pelos de punta.

—No me lo tengas en cuenta, Martín. Además, tú y yo vamos a ser buenos amigos, ¿verdad?

—A estas horas de la noche no acostumbro a hacer amigos. Duermo, como la gente normal. Aunque últimamente me ha dado por contar ovejitas.

—¿Problemas de conciencia?

—Más bien gente que me quita el sueño —le lance—. Tengo una hoja entera llena de nombres.

—Entonces será gente importante. Me tomaría como un insulto no aparecer en tu lista negra.

—Descuide, las mejores vistas son para usted. Su risa volvió a espantarme.

—Me gustas, Martín. Pero es una lástima que alguien a quien no conoces de nada te robe el sueño tan fácilmente. Es importante dormir por las noches, sabes. De todas formas te diré que no debes temerme. He venido a hacerte un favor.

Dinero. Se refería a dinero. Y mucho. Pero ya estaba prevenido.

—¿Quién es usted? —pregunté aun temiendo la consabida respuesta.

—Hoy has sido muy valiente presentándote aquí, muchacho. Yo en tu pellejo nunca habría cometido semejante estupidez —sentenció—. Preguntar algo tan evidente no te deja en mejor lugar. Ya sabes quién soy; ahora lo que quiero saber es si lo has traído —y esperó una respuesta.

—Si he traído *qué* —me hice el loco.

—Lo sabes muy bien: el disco.

Vacilé por un momento tentado de decirle no solo que lo tenía, sino que nunca se lo entregaría. Pero no tenía tanto valor.

—No sé a qué se refiere —disimulé al final.

La voz se quejó con un chasquido.

—Lo que yo pensaba, la estupidez de un niño es tan imprevisible como una paloma colgando de una cornisa. Vamos, muchacho, no he venido desde tan lejos para jugar a las adivinanzas contigo. ¿Dónde *está*?

Empiné los hombros y di la callada por respuesta. A eso le siguió un suspiro arenoso. «Martín, Martín, Martín...», lamentó con mi nombre pegado a sus labios de metal. Sentí un repulsivo hormigueo en los dedos que me apremiaba a gritos agarrar la pistola y acabar con todo aquello de una vez.

—Es evidente que nos hemos subestimado mutuamente. Veo que no me vas a facilitar las cosas. No sé para qué has venido entonces.

Una pizca de orgullo me calentó el pecho.

—Para decirle que ella nunca habría venido.

—¿Tan seguro estás?

—¿Tanto está dispuesto a pagar por un trozo de plástico?

—¡Vaya!, no hace ni un minuto asegurabas no saber a qué me refería —rió con la estridencia metálica de su voz—. Pero te diré una cosa: *El rastro de su voz* es mucho más que un trozo de plástico. Sólo quienes saben valorar la exclusividad de un objeto único pueden entenderlo. Pero eso no es asunto tuyo, sino mío. No obstante, soy un hombre de negocios y estoy dispuesto a doblar mi oferta: ¿qué te parecen cien duros? Es el sueldo de todo un mes. No tienes más que entregármelo y yo te daré tu parte. *Quid pro quo...* Y te prometo que no volverás a saber de mí nunca más.

—¿Cómo sé que no me engaña?

—Los muertos nunca mienten, Martín.

Sentí la piel erizarse bajo la ropa.

—Yo no sé nada de ningún disco —comencé a improvisar, titubeante—. Ni siquiera sabía que mi madre había grabado uno. No lo supe hasta que me encontré con su carta por casualidad. Me imagino que acabaría perdiéndose en alguna mudanza. Sólo recuerdo una cancioncilla que ella canturreaba por casa, un aguajira de esas antiguas. Pero nada más. Siento no poder serle de gran ayuda.

—Más lo siento yo.

Un golpe de viento azotó de repente la capilla. Los tablones de las ventanas crujieron, la iglesia entera retumbó entre estertores y yo casi me quedé sin aire. Luego hubo un silencio y por un momento me vi solo.

—¿Sigue ahí? —pregunté a la oscuridad—. ¿Morell...? ¿Dónde está?

El coleccionista no daba señales de vida. No supe si alegrarme o no. Agarré la pistola, nervioso, sin saber qué hacer con ella. Tenía el pecho a punto de reventar. Más allá de la bruma que me envolvía sólo estaba el murmullo de las palomas. Y entonces, una corriente de frío me agarró del hombro.

—Estoy aquí.

Un grito me arañó la garganta y un revuelo de alas aterrorizadas sacudió el silencio de la iglesia. Me aparté de su lado como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Quería asustarme y lo había conseguido. Luego resbalé y caí al suelo.

—¿Dónde está el disco, Martín? —insistió con su voz deformada.

—Le juro que no lo tengo —le mentí.

—Muchacho, estamos en una iglesia. Y aunque es evidente que hace años Dios abandonó este lugar, jurar sigue siendo un acto de sacrilegio.

Busqué su rostro sin éxito. Lo tenía delante, allí mismo, pero invisible tras el rayo de luna. Sólo distinguí la mano que tendía para ayudarme a levantar.

—¿Qué quiere de mí? Déjeme en paz.

—Eres tú quien ha venido a mí, no lo olvides. La pregunta es: ¿qué quieres tú?

—¡Que se olvide de mí! —le grité—. ¡Y del disco de mi madre! ¡Para siempre!

—Sí, te dejaré en paz. ¡De momento! Pero esto me lo quedo —apuntilló mientras me enseñaba la pistola que aún creía en mi poder—. No es mala pieza. La tomaré de fianza para cuando te decidas.

Sebastián Morell se dio la vuelta y caminó a la salida guardándose en el interior de la chaqueta la pistola, deslizando en su mano un bastón en el que no le vi apoyarse.

—Por cierto —se giró en la misma entrada, señalando con el bastón uno de los primeros bancos—, la próxima vez que traigas escolta, asegúrate de que sea tan valiente como tú... O tan estúpido, claro —se relamió.

Un bulto que reconocí enseguida echó a correr hasta mí. Era Carlines. Me había olvidado de él por complete. Cuando llegó a mi lado, jadeante, observé que estaba tan asustado como yo. Antes de desaparecer, Sebastián Morell volvió a hablar.

—Ha sido un placer, Martín Vázquez. Ya nos veremos por ahí —amenazó.

El eco de aquella risa polvorienta lo siguió hasta la calle y su sombra se fundió en la noche con el alivio envenenado que siempre arrastran consigo las maldiciones en tregua.

—¿Quién era ese tipo? —preguntó mi amigo Carlines.

—No tengo ni idea —contesté mientras me recomponía pieza por pieza—. ¿Dónde estabas?

—Escondido, como me dijiste. Por cierto, casi me cago en los pantalones —me sermoneó—. Bueno, ¿vas a contarme de una vez que está pasando aquí?

—Sinceramente, no sabría por dónde empezar.

—Si no te parece mal, puedes hacerlo por el principio.

Le sonreí agradecido como sólo se merecen los buenos amigos, los que siempre están en los peores momentos. Y mientras lo hacía, le conté que la culpa de todo la tenía una promesa. La primera que recuerdo haber hecho en toda mi vida.

HUELVA, 1945 - 1947

POLVO de LUZ

1

Si por cada promesa que he escuchado en todos estos años alguien me diese una moneda, quizás no estaría contando esta historia. Promesas... Son muchas las que se hacen a lo largo de la vida, demasiadas para una sola. La mayoría acaba pasando frío en una esquina del tiempo donde el olvido sopla con fuerza; sin embargo, hay otras que te persiguen hasta el último de tus días como el chantaje de un mal sueño. Tanto que aún recuerdo la primera vez que hice una.

Mucho ha llovido desde entonces y curiosamente también lo hizo aquella tarde lejana de 1945 cuando a mi madre le dio por nombrarme albacea del que con el tiempo se convertiría en el mayor de mis tesoros: *El rastro de su voz*, un pequeño disco de pizarra en el que, años antes de yo nacer, ella ya había burlado la maldición del tiempo para siempre. Parece que fue ayer. Recuerdo que una navidad calurosa como ninguna acababa de hacer las maletas y que de repente tocaba abrir el paraguas. Por fin el invierno se aventuraba a salir a la calle a pecho descubierto. Pese a ello, el sol se resistía a marcharse, alumbrando una cascada de lágrimas de luz entre cornisas oropel. Eran días en los que la lluvia sabía a lluvia y no a veneno, días en los que el mar aún quedaba lejos de agonizar a los pies de una ciudad amortajada por gusanos de vapor que todavía hoy cavaban entre las nubes una tumba para sus calles.

Y mientras enero se esforzaba en pegarse a los cristales de casa, al otro lado de la ventana, el mundo continuaba cuesta abajo y sin frenos. Los bombardeos dejaban Europa como un colador, demasiados agujeros por los que se les escapaba la guerra a los alemanes. A esas alturas sus gerifaltes no eran más que vulgares rateros que formalizaban su plan de pensiones casa por casa, rapiñando, y sus ciudades, huecos nichos de hormigón y cristal que poco desmerecían a las ruinas de una civilización largo tiempo olvidada. Su fin estaba próximo y una nueva era a punto de deslumbrarles con ojos de ceniza.

Por supuesto, en nuestra esquina del mundo ya teníamos de qué preocuparnos. Por aquel entonces la vieja Onuba no era más que un arrecife de fachadas blancas y palacios de azulejo y cristal que naufragaba entre dos ríos bajo balcones de arcilla. Debían ser las siete de aquella lluviosa tarde de sábado cuando por el Telefunken de casa el hombre del parte informaba que, sin duda, aquél era el día más frío del año, que los termómetros registrarían una bajada de hasta tres grados bajo cero y que lo mejor para ese momento era *Chocolate La Juncosa*. Después de eso, de ponernos los pelos de punta y los dientes largos, el aire se contagió al son de las nostalgias maternas de Machín. Menuda coincidencia. A esa hora yo ayudaba a mi madre, a regañadientes, a preparar la maleta que me acompañaría a San Nicolás, un hogar para niños huérfanos con trazas de mansión embrujada en el que trabajaba mi tía Isabela. Un destierro que duraría lo que ella tardase en curarse de la tos que se la estaba comiendo por dentro.

—Te prometo que no estarás más tiempo del necesario —me aseguraba.

—Aún no entiendo por qué no puedo quedarme aquí, en casa —repuse enfadado.

—Porque nadie puede hacerse cargo de ti, Martín. Julián está todo el día fuera, trabajando en el taller. Estarías siempre solo y eso no es bueno. Me niego.

—Puedo arreglármelas por mí mismo. Julián no me hace falta para nada.

—No digas eso —me recriminó—. Se ha portado muy bien contigo todos estos años. Ha sido como un padre para ti.

—Él no es mi padre, ¿te lo recuerdo?

No hacía falta ninguna. Sus pupilas siempre conservaban aquel brillo ausente que vigilaba de reojo el pasado, un tiempo tan difícil de despegarse de los talones como la sombra que la seguía allá donde fuera. Con los años había aprendido a fingir las noches, y yo a demostrarle que a mí no me podía engañar.

—Anda, ayúdame a terminar esta maleta. Por favor.

En aquel equipaje cabía de todo: ropa, tebeos, algún cachivache de Casa Baltasar y una revista a color de animales salvajes que hacía furor entre los chicos de mi calle.

—Qué poca gracia me hace esta revista que te regaló tu padre, ¿no te da miedo? —preguntaba mientras le echaba un último vistazo—. Aquí sólo hay encías inflamadas, ¡qué mal gusto!

—Dicho así parece que hables de un libro de dentistas —le contesté—. Pues a mí me encanta. Además, fue un regalo de papa. ¡Y punto! Es mi mayor tesoro.

Le arrebaté la revista de las manos y la incluí en mi equipaje. La maleta ya estaba hecha, pero aún quedaba lo mejor.

—Conque tu mayor tesoro, eh —sonrió—. Yo te hablaré de tesoros.

Mi madre puso sobre la maleta un pequeño encarte de cartón algo rozado y arruga-

do con la sonrisa de quien todavía sabe sacar conejos de una chistera.

—¿Y esto? —pregunté no sin cierta condescendencia.

—Quiero que te lo lleves —dijo metiendo un pequeño disco en mi maleta y parafraseándome—: «es mi mayor tesoro», y quiero que lo tengas tú. ¡Y punto!

El disco llevaba por título *El rastro de su voz*, muy apropiado. Casi lo había olvidado. Hubo un tiempo en que no paraba de sonar en casa, en *nuestra* casa. A mi padre le encantaba escucharlo una y otra vez hasta que ella misma se cansaba de oírse. Hacía años que no sabía de ese disco, tantos como mi padre llevaba muerto. Al igual que él, lo creí perdido para siempre.

—Sabes —sopesé—, nunca me has contado la historia de este disco.

—Eso fue hace mucho, antes de que ni siquiera tú fueras un simple pensamiento —añoró con nostalgia.

Y en ese preciso instante, la voz de Norma Estrada prendió el aire que respirábamos. Norma Estrada, una de las grandes artistas que había dado nuestra ciudad. Mi madre se quedó escuchándola absorta, con aparente morriña, como si fuera ella la que cantaba. Entonces una tos violenta se le subió a la garganta y rápidamente tomó un pañuelo para limpiarse la sangre de la boca. Era el segundo que manchaba en el día. Y estaba débil, muy débil, lo suficiente para no querer seguir escuchando la radio.

—¿Por qué la apagas? —pregunté.

—No me apetece escuchar ahora a Norma Estrada —respondió con una mueca.

—Pues a mí me gusta.

Mi madre me miró estirando una ceja hasta el infinito.

—¿Desde cuándo te gustan a ti las canciones antiguas?

—Desde que me recuerdan a ti —contesté—. Además, su forma de cantar es muy parecida a la tuya.

—No me digas —sonrió escéptica.

—Sabes, a veces cuando la escucho cantar te imagino a ti en el escenario.

—Ojalá —suspiró con aparente melancolía— Ojalá.

Mientras la observaba, una insoportable angustia me embargó de inmediato. Su imagen actual no se acercaba ni por asomo a la portada de ese disco que ahora me legaba, nada que ver con aquella muchacha que una vez deslumbró escenarios. Hasta entonces no me di cuenta de lo poco que la conocía. Sólo sabía lo que ella había querido contarme, la historia de una joven promesa de la canción que en eso se quedó porque enseñada yo me asomé al mundo. Todo cuanto quedaba de ella estaba en ese disco que ahora tenía entre mis manos.

—¿No te da miedo que se me pueda perder o romper? —la tenté.

—Confío plenamente en ti, no me queda otra. Eres mi único heredero.

—Tonterías. Aquí en casa seguro que ni se perdería ni se rompería.

—Aquí en casa estaría tan solo como tú —me corrigió—. Y un disco si no tiene quién lo escuche no sirve de nada.

—Y yo que pensé que por fin me iba a librar de escucharte.

Sus labios dibujaron una sonrisa de verdad. Menos mal.

—Eres igual de diablo que tu padre. Desde luego...

—Desde luego todo sería muy distinto de estar él aquí —lamenté.

—Sí, pero ahora tenemos a Julián. Tiene sus faltas, como todo el mundo, pero prometió que cuidaría de nosotros y así ha sido. Nunca nos ha fallado.

—Nunca será lo mismo —añadí en un susurro agarrado a la garganta.

Julián era mecánico y socio del taller de reparaciones de mi padre. Cuando éste cayó en el frente de Barcelona en el 38, Julián se hizo cargo de nosotros y del negocio. Pero antes de eso hubo una última carta. Yo apenas levantaba seis años por entonces y, a pesar de ello, mi madre ya me hacía partícipe de las vivencias de mi progenitor en tierras catalanas: de lo poco que comía, de lo mucho que le llovía y de lo mal que hablaba la gente de allí. Y cómo de alguna manera compensaba los malos ratos viendo las palizas que el Barcelona le propinaba a equipos como el Júpiter o el Europa. Y es que en tiempos de guerra cada cual se consolaba como podía.

Nunca olvidaré sus últimas palabras. Llegaban al final de una carta escrita un atardecer de finales de enero:

«Esta noche el cielo está distinto. Son casi las once y un látigo de fuego rojo quema el cielo de Barcelona. En la radio no se ponen de acuerdo, pero aseguran que se ve en toda España, aunque seguro que no tanto como aquí. Abajo la gente corre como loca de un lado para otro, asustada. Creen que han comenzado los bombardeos. Pobrecillos. Nosotros sabemos que no es así. Los muchachos están tranquilos, la gran mayoría. Otros no tanto. Uno de mis brigadas, Castillo, va para cura y dice que esto de la noche roja ya lo predijeron los niños de Fátima. Dice que es el Apocalipsis y da gracias a Dios porque todo acabará por fin. Tonterías. Yo sé lo que es: una aurora boreal. Ojalá podáis verla como yo.

Ya me despido de vosotros. Besos para ti y para Martín. Os quiere y os echa mucho de menos,

Salvador».

El joven mosén no estaba equivocado del todo. No era el Apocalipsis, tan sólo su anunciación. Las bombas llegarían cuatro días después. Aunque, claro, para contarnos eso nunca llegaría una nueva carta.

—¿En qué piensas? —me despertó mi madre de aquellos recuerdos.

—Cosas mías —disimulé de inmediato—; bueno, ¿qué pasa con el disco?

—¿El disco? —sonrió casi agradecida porque mostrase un mínimo de interés al respecto—, pues te diré que puede que ahora no sea tan importante como tus tebeos o tus chapas, pero algún día sabrás lo especial que es —y estaba dispuesta a convencerme de ello—. Es más valioso de lo que puedas pensar. Por eso tienes que prometerme que nunca lo perderás.

Aquel trozo de plástico parecía llegar a mis manos bajo la condición obligada de una firme promesa, la que sólo podría hacer un niño como garante de un corazón aún a salvo de las miserias de este mundo.

—¿Y tan importante es este disco?

—Lo es —sentenció—. Sólo somos lo que se recuerda de nosotros, Martín.

Aún mantengo grabado a fuego en mi retina aquel momento. El misterio comenzaba a hacerme cosquillas en la cabeza, pero no tanto como cuando me previno de la existencia de un extraño coleccionista, uno con una lucrativa oferta bajo el brazo, de esas que le corrompen el alma a cualquiera. Y lo hizo en voz baja, como si temiese que alguien pudiera escucharla.

—¿Sebastián Morell? —repetí, susurrando su nombre.

—Shhh... —me mandó callar—. Según cuentan es el mismo Diablo que se divierte atesorando los objetos más curiosos que puedan existir por el mundo. Objetos únicos, Martín. Y a cambio, suele ofrece lo que le pidas. Sobre todo dinero, mucho dinero. Más del que puedas imaginar —dijo—. Pero no debes aceptarlo, Martín. Nunca.

El Diablo en persona. Tragué saliva.

—¿Te lo llegó a ofrecer a ti? —pregunté intrigado.

Asintió con una risa floja y me susurró una cantidad escandalosa al oído.

—¿Estás loca? Con ese dinero podríamos vivir como marajás. Acto seguido me dio una colleja que me resultó hasta tierna.

—Hijo, el dinero sólo sirve para comprar lo que no se tiene —repuso—. Además, el mundo es un lugar extraño lleno de gente a la que antes de conocer es mejor olvidar para siempre.

La miré como quien mira a alguien que no sabe lo que dice.

—Bueno, ¿y por qué razón estaría dispuesto a gastar tanto dinero por un trozo de plástico?

—Muchas cosas se dicen de ese hombre, aunque no creo que ninguna de ellas sea cierta, la verdad —y antes de acabar, me cogió de la mano—. Prométeme que vayas donde vayas este disco irá contigo, prométeme que no lo perderás, y prométeme que nunca se lo darás a nadie. Porque si lo haces mi voz se perderá para siempre y ya entonces no seré más que un espejismo en tu cabeza.

Por primera vez vi tiritar en sus ojos un temor que le fue imposible esconderme. Algo para lo que no había vuelta atrás. De seguida me lancé a decirle lo que quería escuchar, a convertirme en el guardián de su memoria.

—Te lo prometo.

Un golpe de aire abrió la ventana de par en par para acariciarme la nuca con dedos de navaja y, de repente, sentí cómo toda mi infancia se escapaba a través de ella al igual que un globo sin cordel.

—Aún no me has dicho qué puede interesarle a ese hombre de este disco.

—Quizás sea porque no existen más copias de él. Este disco es único.

Puse cara de no comprender muy bien.

—Un incendio en un almacén —me explicó—. Todos los discos se quemaron. La compañía quebró y nunca más volvió a grabar una sola canción. Sólo esta copia que se salvó —se quedó pensativa acariciando la portada—. Pero yo sé que fue provocado. El incendio, claro.

—¿Cómo lo sabes?

Suspiró con una de esas sonrisas que lo perdonan todo con el tiempo.

—Ésa es otra historia. Ya la conocerás a su debido tiempo.

Después de eso, un chasquido mecánico giró en la cerradura. Era *él*. Cada vez que escuchaba ese *click* se me llenaba el estómago de cristales. Aquel ruido antecedía cada día la llegada de Julián a casa. A *su* casa.

—¿Qué hacéis ahí? —preguntó bajo el marco de la puerta—. ¿Aún no estás listo, Martín?

Llegaba empapado de arriba abajo, enfundado en un chubasquero que dejaba entrever su ropa de trabajo manchada de grasa y aceite.

—Ya estamos terminando —se adelantó mi madre, casi disculpándose.

Una nube de sudor, tabaco y alcohol le tomó la delantera en cuanto cerró la puerta de golpe. Aquel olor lo acompañaba a todas partes. Cuesta creer que a nadie se le haya ocurrido aún embotellar un aroma con una clientela tan fiel.

Ella se levantó para darle un beso. Julián la ignoró por completo.

—¿Lo tienes ya todo, muchacho? —volvió a preguntarme.

Asentí sin ganas de mirarlo a la cara, casi nunca lo hacía. Cada vez que le miraba

me hacía sentir que le debía la vida entera.

—¿No quieres cambiarte antes? —le propuso mi madre.

—Prefiero aprovechar ahora que la lluvia está aflojando. Además, las despedidas cuanto más largas, peor —sentenció sin dejar de mirarme—. ¿Tú qué dices?

Me levanté a disgusto y no hice por disimularlo. Entre Julián y yo las apariencias eran lo de menos. Ni yo era el hijo que él deseaba tener, ni él el padre que yo había perdido. Nunca lo hice. Uno nunca escoge a sus padres, menos aún si te caen de rebote. Y Julián, con tal de estar junto a mi madre, había consentido en llevarme de lastre todos esos años. Hasta hoy.

—Pues en marcha —resolvió.

—¡Un momento! —interfirió mi madre.

Fue hasta el armario y trajo una trenca de paño que me puso encima como si aún tuviera tres años. Sus ojos eran dos peceras a punto de reventar. La abracé con fuerza, ayudándola a secárselas en mi abrigo. Luego me dio un beso que casi se me lleva la cara.

—¿Listo? —volvió a preguntarme Julián.

Agarré la maleta y le miré a los ojos, sin titubeos.

—Cuando quieras —le dije.

Fuera, la lluvia se había encargado de borrar las últimas luces del día y la calle entera parecía haberle robado el color a las nubes. Una turbia niebla de polvo serpenteaba cuesta arriba en dirección a San Pedro, camino del Barrio Viejo, mientras la tarde se desangraba sobre los tejados bajo una estela de cicatrices purpúreas que se encendían a cada paso. Y antes de desaparecer, antes siquiera de darme tiempo a volverme y despedirme de aquella maldita calle, quizás para siempre, escuché a mi madre llamarme desde la ventana.

—¡Martín!

Eché la vista atrás y corrí hasta el portal, dejando a Julián clavado en la esquina, impaciente. No había prisas.

—¡No puedes estar ni un minuto sin mí, eh! —le sonreí desde abajo.

—¡Escúchame bien! En el sitio al que vas hay niños pequeños: no se te ocurra enseñarles esa revista de monstruos, que te conozco.

—Nooooo, señora...

—Y haz todo lo que te digan.

—Siiiiii, señora...

—Y no le des mucha guerra a tu tía Isabela.

—Nooooo...

—Y dale muchos besos.

—Siiiiiií....

Isabela. Casi me había olvidado de Isabela. Era el único consuelo que me quedaba.

—No te preocupes. No le haré sufrir mucho.

—Por cierto, me has hecho una promesa. Espero que la cumplas.

—Por supuesto —le aseguré—. ¿Se le ofrece algo más a la señora?

—Sí...

Quiso continuar pero se quedó sin palabras, palabras que de repente algo en su interior hizo prisioneras del silencio. En su lugar encontró otras, apretando la mejor sonrisa que podía ofrecerme

—Anda, abrígate bien.

Entonces algo salpicó mis labios. Por encima de ella el cielo vestía de negro, a punto de caramelo. Pero sólo en apariencia. Lo que mojé mis labios era otra cosa. Era salado. Al final su mirada se rompió, derramando palabras que sólo tenían sentido en el lenguaje secreto de las despedidas. Aquella tarde sábado, el último brillo de los ojos de Malena Quintero se perdió bajo la ventana, dejándome en la boca la amarga sospecha de que nunca más volvería a verla.

El silencio es el atajo más rápido para separar a dos personas. Julián y yo nunca fuimos una excepción. Esa tarde volvió a quedar patente camino de mi exilio a San Nicolás, arrastrando el aliento bajo estrellas congeladas y un cielo que me mordía las manos y las ganas de vivir.

Julián nunca me gustó y yo tampoco hice mucho por disimularlo. A veces, cuando íbamos de visita al taller a ver a mi padre, Julián ya estaba allí. Era el primero en recibirnos, en hacer estropajos con mi pelo y en besar a mi madre. Se mostraba atento y servicial, especialmente con ella. Julián siempre quería aparecer como la segunda mejor opción y además bromeaba con ello. Por supuesto, una mujer como mi madre siempre sabía esconderse con educación tras una sonrisa de gratitud. Pero por desgracia, con cinco años, yo ya me daba cuenta de todo eso. Y es que antes de ser niño ya había nacido hombre.

Ahora que lo pienso, quizás fuera por eso que a mi padre no le hacía mucha gracia que fuéramos a verlo al trabajo.

—No tendrías que haberte molestado en venir, Julián. Sé llegar yo solito —dije.

—Eso no lo dudo, pero me fío tanto de ti como de un mono con dos cuchillos —bromeó no sin cierta desidia.

—Crees que sería capaz de darme la vuelta, ¿verdad?

Julián se paró y me puso una mano en el hombro. Le brillaban los ojos.

—Eso sólo pueden hacerlo quienes tienen dónde ir, muchacho —contestó dejando a las claras muchas cosas, entre ellas que su casa ya no era la mía.

¿Y acaso no era aquello lo que yo siempre había deseado? De repente no lo tuve tan claro.

—No me gusta que mi madre se quede sola estando como está —titubeé.

—Tranquilo, ella es mucho más fuerte que nosotros —dijo al fin.

Era hablar por hablar. Mi madre siempre estaría infinitamente mejor sola que junto a un tipo que nunca tuvo reparos en menospreciarla. Julián se había encaprichado con ella desde hacía años, y después de haber conseguido todo cuanto pudo de ella, la olvidó como a un juguete roto. Y eso era en lo que se había convertido mi madre, en una muñeca rota que sólo tosía y escupía sangre y que, por supuesto, no podía darle hijos. De manera que, condenado a tener que conformarse con el hijo de otro, aprendió a repudiarla en silencio y a regresar cada día más tarde del trabajo, a salir de casa sin dar explicaciones y a meterse en la cama con ganas de seguir la fiesta al amanecer. Con el tiempo mi madre aprendió a mirar a otro lado creyendo a pies juntillas que aquél era el último vagón de una vida en continuo peligro de descarrilamiento. Y siguió agarrada a él como a un clavo ardiendo, tanto que al final todos nos habíamos quemado las manos.

Por todo ello le despreciaba, pero más que nada porque me tenía desconcertado. Tan pronto me resultaba el tipo más detestable del mundo como el más lastimoso de todos. Su mayor deseo era desembarazarse de nosotros, no lo podía ocultar. Para él no éramos más que una pesada carga, los tres lo sabíamos, y sin embargo, al mismo tiempo, la conciencia no le dejaba vivir. En cierta ocasión le escuché rezando en la cocina, borracho como una cuba, llorando y pidiendo a un dios en el que no creía que le diera fuerzas para poder seguir junto a nosotros. Eso o que pasara algo que nos alejase de su vida para siempre.

Camino del internado comprendí que sus plegarias habían sido escuchadas. Para que luego digan que no existe un Dios.

—¿Qué vas a hacer mientras mi madre esté en el hospital?

—Lo único que se puede hacer en esta vida: trabajar —contestó con reproche—. Trabajar para que los vagos como tú podáis tener un mundo mejor que el que a otros nos ha tocado vivir. ¿Lo entiendes, muchacho?

—Sí, señor. Lo entiendo.

—Muy bien. Y ahora cierra la boca que te vas a resfriar, cojones. Hablas más que tu madre.

Un par de nubes después vislumbré la terrible simetría de mi nuevo hogar. Oculto del mundo, tras el bosque de sombras que conducía a las terrazas de arcilla del Conque-ro, se erguía San Nicolás, un palacete de estilo regionalista que languidecía entre pinares bajo una acuarela de tormenta y mercurio. Sus muros varicosos y su lánguido torreón estrangulados por la hiedra se abrían paso a través de la espesura que apuñalaba el susurro del viento.

—No te dejes engañar por las apariencias —sugirió Julián—. He oído que hay más chicos allí dentro. Te lo pasarás bien, seguro.

—Bendito consuelo.

Al poco vislumbré el sendero que serpenteaba hasta la entrada de la casa. Del otro lado de la verja, bajo un paraguas, nos aguardaba una silueta espectral a la luz de un candil, como un cancerbero fiel velando las puertas del inframundo.

—Bueno, yo me quedo aquí —anunció Julián—. Ahí te están esperando. Te dejo en buenas manos.

Julián me ofreció su diestra y me vi obligado a aceptarla.

—En cuanto tu madre se recupere te lo haré saber. Te lo prometo. Lo miré con recelo.

—¿Y si no se recupera?

La pregunta se desinfló sin respuesta.

—Julián, dime la verdad —le insistí.

Como pudo levantó la mirada del suelo y la clavó en mí, perdido, como si no estuviera allí, sin una respuesta que ofrecerme. Entonces una lechuza chilló entre los árboles y pareció volver en sí. Y poco más.

—Buena suerte, Martín —se despidió, apenas sin voz.

Julián se dio la vuelta y regresó a la ciudad conocida deseoso de no volver a verme la cara nunca más. El resto del camino lo hice solo.

Fue entonces cuando me di cuenta del frío que realmente hacía, demasiado frío, tanto como había predicho el hombre del parte, suficiente para que de repente el cielo se volviera de escarcha. Miré hacia arriba y sonreí a pesar de las dificultades: estaba nevando. Poco a poco el cielo se fue llenando de pequeños coágulos blancos. Era la primera vez que veía la nieve en mi vida y sin embargo no llegaba a cuajar del todo. En cuanto tocaba el suelo se deshacía en agua. A pesar de ello, con los primeros copos, la visión de la casa se me antojó espectral, como robada de una de esas esferas de agua y cristal que ahogaban castillos encantados bajo una albina pantomima de papel.

De estos pensamientos me sacó al instante el chirrido de la verja, invitándome a pasar al otro lado. Tras la cancela, mi tía Isabela, la única referencia que me quedaba.

—Vamos, pasa. Aquí no nos comemos a nadie —fue su bienvenida.

—No es eso lo que me preocupa, sino lo que se come ahí dentro.

—Pues espero que te gusten las acelgas y las lentejas.

—¿Es lo mejor que hay en esa casa? —pregunté.

—Es lo que más hierro tiene. Y punto —respondió con severidad.

—Y seguro que también lo más barato.

Isabela, al igual que mi madre, era otra viuda más que la Guerra había fabricado en serie y desde hacía años su vida entera pasaba por el aquel lugar, por San Nicolás. Allí

era la mano derecha de doña Ana Abreu, la propietaria, una sexagenaria que a la muerte de su marido, un potentado de la marina mercante, decidió convertir su casa en un hogar de niños pobres para matar la soledad que la acompañaba de por vida.

Un aroma dulzón a flores muertas y fango me golpeó de frente. Sentí un leve vahído y de seguida caí en sus brazos.

—¡Vaya, no pensé que te alegrarías tanto de verme! —se burló al verme anudado a su cintura.

—Ese olor es insoportable.

—Lo sé. Ya te acostumbrarás. No eres el único.

—He de serte franco, Isabela: hoy eras la última persona del mundo a la que quería ver —le confesé.

Entretanto, con la mano que le quedaba libre, me apretaba en su regazo con anhelo. Era la sangre de su sangre que por fin regresaba a ella.

—No te sientas culpable. Si te sirve de consuelo, yo tampoco lo deseaba. Un estómago vacío aulló hambriento en la lejanía.

—Con respecto a la comida —reanudé la conversación—, te diré que conmigo puedes ahorrarte las acelgas.

—Tú comerás lo que todo el mundo. Además, ya te he dicho que las acelgas tienen mucho hierro. Como las lentejas.

—Las acelgas es forraje para las vacas y las lentejas, más que hierro, es plomo a discreción. Tú me entiendes.

—Ya sabía yo que no ibas a poner mucho de tu parte —lamentó—. Anda, coge el candil y alumbra bien el camino.

Isabela cerró la cancela y bajo su paraguas cruzamos el sendero de cristal fundido que llevaba a San Nicolás, dos sombras furtivas tras el látigo de fuego que desgarraba a su paso la noche blanca de 1945.

Para cuando me acostumbré a la rutina de mi nuevo hogar ya habían pasado dos años. Y lo habían hecho casi a rastras. En pocos días tuve que aceptar una rutina que se impartía a base de madrugones y tirones de patilla. Nos despertaban con el primer canto del gallo, cuando aún era de noche. De ello se encargaban Virtudes y Fuensanta, dos solteras con cara de amargadas que ya no cumplirían los cincuenta. Durante una hora nos ponían a rezar, y pobre del que se quedara dormido. En mi caso fue sólo una vez y no hubo que volver a recordármelo. Con el tiempo aprendí que aprovechar aquellos minutos para rogar por un buen desayuno era una pérdida de tiempo. La leche era agria y el pan, con suerte, del día anterior. Luego, hasta la hora del almuerzo, estudiábamos. Después, si no habías hecho alguna trastada en la comida, tocaba siesta. Más tarde volvíamos a estudiar, un rato para jugar, otro para el rosario, la cena y a la cama. Y así durante dos años.

Para entonces mi madre se había ido apagando hasta no ser más que voz renqueante al otro lado del hilo telefónico. Y eso sólo ocurría en sus mejores días, cuando le permitían hacer el esfuerzo de una llamada. La última vez que hablé con ella me sorprendió con una grata noticia: se estaba recuperando.

—Mamá, ¿y cuándo podrás salir de allí?

—Pronto, los médicos son optimistas. Dicen que para la primavera, finales de marzo. ¿No estás contento?

—¡Claro que sí! Pero... ¿estás segura?

—¡Y tanto! Ya queda un día menos —repetía constantemente, no sé si para enganarme o para consolarse ella misma—. Bueno, ¿y tú qué tal por ahí? Seguro que te lo estás pasando muy bien, ¿verdad? Anda, cuéntame algo.

Quería saberlo todo, conocer al detalle mi día a día en San Nicolás, y puesto que yo no era nadie para negárselo, se lo dulcificaba a mi manera guardándome pequeños detalles que ninguno de aquellos niños debió llevarse nunca a la cama, ocultando recuerdos que eran mejor mantener a oscuras y bajo llave en el sótano del alma, intentando borrar escenas de una edad en la que haber perdido un padre o una madre eran delito suficiente para dar con los huesos en una de esas cárceles del Auxilio Social. Un tiempo en el que

perder los dientes era tan fácil como quedarse traspuesto en el ángelus. Un tiempo en el que un mendrugo de pan duro cotizaba al alza en un mercado de valores presidido por el hambre. Y el hambre en San Nicolás vestía pantalón corto y tirantes.

—Y eso es todo —finalizaba tras cada mentira piadosa— Aquí poco más, mamá.

—¿Has hecho muchos amigos?

—Unos cuantos.

Bastantes, más bien. Y es que en San Nicolás se hacían amigos de los de verdad, tantos como se pasaba hambre. Gracias a un estómago curtido en mil y un ayunos voluntarios gané unos cuantos camaradas con la misma facilidad con que les guardaba la comida que no me tragaba. Enseguida me convertí en un pescador de vientres ruidosos, los mismos que me rogaban antes de dormir contemplar una vez más aquella terrorífica revista a color de leones y tiburones asesinos, los mismos que correteaban por los pasillos de San Nicolás y por su corrupta extensión de barro y flores marchitas.

—Oye, espero que no le estés enseñando a ningún niño pequeño ese horrible libro que te trajo tu padre.

—Noooo, señora —disimulé.

—A mi no me engañes. Deberías tirarlo.

—Siiiií, señora... —le seguía la corriente.

—Y eso espero —decretó—. Bueno, ya te tengo que dejar. Debo volver a la cama.

—¡Mamá, espera!

—Dime, cariño.

—Entonces... para primavera, ¿verdad?, finales de marzo —pregunté.

Casi que tenía más ganas que ella de divisar el final del túnel.

—De verdad —me aseguró.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—¿De verdad que me lo prometes?

—Claro que sí.

—¿En serio que me lo prometes? —insistí una vez más.

—¡Martín, basta ya! —exclamó riendo—. Ya te he dicho que sí, ¡pesado!

—¡Pues espero que no lo olvides!: lo has prometido tres veces.

—Anda, dales un beso a tu tía y a doña Ana de mi parte. Y no les des mucho trabajo, cielo.

—Noooo, señora.

—¿Me lo prometes?

—Siiiií, señora.

—¿Me lo prometes de verdad?

—¡Venga ya!

—Así me gusta —intuí una sonrisa desde el otro auricular—. Adiós, Martín.

—Adiós, mamá.

Y colgué.

Lo cierto era que de no ser por doña Ana nunca hubiese podido hablar con mi madre. En la casa no había teléfono y sólo puso uno por la única razón que me retenía allí. Por aquel entonces no existían muchos debido al alto coste de su mantenimiento, pero daba la casualidad de que doña Ana Abreu era de las pocas personas que se lo podían permitir. Su difunto marido la había dejado en una situación que era mucho más que acomodada. Don Nicolás Abreu fue en tiempos un reputado armador que se conoció al dedillo los siete mares mejor de lo que nunca llegó a orientarse en su propia. La suya era la única embarcación propia de toda la ciudad dedicada a la marina mercante. Gracias a los contratos y acuerdos que firmó durante la Primera Guerra Mundial llegó a tener atraque en los puertos más importantes del mundo, amasando una verdadera fortuna. A su muerte todo el dinero pasó a su mujer, y doña Ana, como no sabía qué hacer con tanto, decidió darle un buen uso: reconvirtió el palacete en el que vivían en el Hogar San Nicolás, una casa para niños pobres y huérfanos. Para niños como los que nunca tuvieron. De esa manera honró la memoria de su esposo y de paso dejó desamparada a la camada de buitres del banco donde le hacían la ola a la entrada y la despellejaban a la salida.

—Mi Nicolás solía decir que en esta vida, si no compartes lo que tienes, eres un desgraciado. Y al final todo se paga.

De pagarlo todo se encargaba mi tía Isabela, quien además de ser la administradora del palacete, y mano derecha de doña Ana, era su ahijada. Íntima de la abuela Dolores, doña Ana fue novia durante años de un tío abuelo al que nunca conocí, un peón del puerto que al parecer se embarcó de polizón en un barco rumbo a las Américas después de conocer en las Fiestas Colombinas a una argentina que servía en un buque de Guerra. Y nunca más se supo de él. Aún así, y a pesar de haberla dejado plantada, ambas siguieron la Amistad. Y cuando Isabela nació, doña Ana se ofreció para a ser su madrina. Muchos años después, en cuanto supo de la situación de viudedad de la hija de su difunta amiga, doña Ana tentó a Isabela de trasladarse junto a ella al hogar con la excusa de ofrecerle un buen trabajo a su lado.

—La soledad es una carga mejor soportada por dos mujeres —aseguraba doña Ana—. De toda la vida, igual que el santo sacramento del matrimonio.

—Diga usted que sí —le seguía el juego Isabela.

Ambas eran uña y carne, se pasaban gran parte del día fuera de la casa moviendo papeles y peleando tanto con gobierno civil como con proveedores para que no nos faltara de nada. San Nicolás exigía de un mantenimiento constante y ellas dos velaban por nuestros intereses. Luego, cuando caía la noche, se las podía encontrar en una salita, sentadas en torno a una mesa camilla con las manos ocupadas, pasando lo que les quedaba del día entre remiendos y costuras.

—Por cierto —comenzó a decirme—, sé que tienes una revista de animales salvajes en el dormitorio. Si algún renacuajo me viene llorando en mitad de la noche por culpa de tus tiburones, te la confisco.

—Siiií, señora...

—Espero que no se las enseñes.

—Nooooo, señora...

* * *

La casa de doña Ana constaba levantaba dos plantas y un mirador. La primera estaba reservada para las aulas de estudio, el comedor, los dormitorios de las cuidadoras, una enfermería y la cocina, ¡ésa gran desconocida! Este último lugar era territorio de la Carmen, una mujerona de tez bronceada que hacía lo que podía con la materia prima que le llegaba. La llamaban *la portuguesa*, porque aunque sus padres eran de toda la vida de la Calle de Enmedio, la genética le había dejado en herencia por labio un bigote que cantaba a *fado* desde el Guadiana. En la cocina le ayudaba una sobrina suya, la Mari, una veinteañera sin oficio ni beneficio a la que la Carmen consiguió meter en la casa.

—Señora, a *vé* si entre las dos *metemo* a la niña ésta en *verea* y la *hasemo* una *mujé* de *pobrecho* aquí *endentro* —argumentaba la cocinera, que aparte de gorda y santa a partes iguales, era especialista en dar patadas al diccionario cada vez que abría la boca—. Ya verá *usté* como me va *trabajá* bien.

—En esta casa todo el mundo tiene la puerta abierta, Carmen. ¿Tú qué dices, Isabela? —consultaba a mi tía, acostumbrada a no dar un paso sin ella.

—Aquí la que manda es usted, madrina. Así que a partir de mañana habrá que seguir engañando a las matemáticas un poco más para otro plato de comida al día.

—¡Ay, Dios *me* se lo pague a las dos! Si es que desde *chiquetita* la *probe* niña tiene un retroceso que la *hase* ir por detrás del resto, pero *na* más.

Un pequeño «retardo» era lo que quería decir la Carmen aunque, según los rumo-

res, en tareas de cintura para abajo la Mari era matrícula de honor.

—¿La Mari?, ¡ésa sabe latín! Lo que más le gusta, las declinaciones y las inclinaciones —daban fe entre risas los internos más viejos de la casa.

Estos ya tenían dieciocho años, era unos cuatro o cinco, y dormían en la misma habitación que nosotros. Cumplida la mayoría de edad, aprendían un oficio o estudiaban para conseguir una beca en la escuela superior porque en poco tiempo debían abandonar el hogar. Uno de ellos era Sergio, el cual se preparaba para ser abogado. Durante el día trabajaba de pasante en un pequeño bufete de La Placeta, ganando unas perras al tiempo que aprendía el oficio; luego, de noche, se empapaba de libros hasta que Morfeo venía a cantarle una nana. Sin duda era el más inteligente de toda la casa. A veces pasaba consulta en el mismo dormitorio para resolver dudas de álgebra, literatura o ciencias. Menos de geografía, para lo cual se consideraba un manta; eso sí, si el tema versaba sobre pantorrillas y pechugas ya era otro cantar, porque en las intrigas amorosas Sergio era un erudito. En resumidas cuentas, menos de mapas, lo que fuera.

—Vosotros echadme cuenta que de esto sé un rato: la única geografía que vale de verdad en esta vida es saber elegir el lado de la cama más cercano a la salida. En cuanto acabéis, ¡puerta! —decía—. ¡Y no más de quince minutos, eh!, que después se te acostumbra. Que uno va a pasarlo bien, hombre, no a echar una peonada.

—¡Sí, Sergio! —respondían unos.

—¡Por supuesto, Sergio! —decían otros.

—¡Lo que tú digas, Sergio! —resumíamos todos, a pies juntillas.

—¡Pues eso! —concluía él—. Ea, se acabó la lección por hoy.

Lejos de conocer esos pequeños detalles, Doña Ana tenía a Sergio en un pedestal, un ejemplo a seguir, alguien de quien aprenderlo todo, un hermano mayor para grandes y pequeños; precisamente estos últimos dormían al otro lado del pasillo, junto a los servicios donde nos aseábamos cada mañana al despertar y cada noche antes de ir a clavar el espinazo en las incómodas literas que atestaban el dormitorio. Nunca me acostumbré a ellas. Ni a sus muelles, que eran una auténtica tortura china, ni a los oscuros pasillos que poblaban la casa, fríos y lóbregos, de largas sombras que se te enganchaban a los talones. Y silenciosos. Tanto, que me ponía los pelos de punta el oírme perseguido por el eco de mis propias pisadas.

Pero si había algo que realmente daba miedo de verdad en San Nicolás eran las dos espanta solteros a las que me referí al principio: Virtudes y Fuensanta, dos beatonas con adn de cuervo sobre las que pesaba la autoría de una interminable lista de rapados de cabeza y abluciones con aceite de ricino durante la guerra. Años después, el Auxilio Social las consideraría aptas para su santa obra: formar una juventud pura, católica y

libre de los demonios del comunismo, tarea que asumieron con agrado junto a las matemáticas, la geografía y la historia de España según San Paco.

—Y a quien vea cogiendo el pizarrín con la mano izquierda, ¡que se prepare! —amenazaba la Virtudes, con un frasco de líquido espeso y Amarillo en la mano.

—¡Eso o un corte de pelo que se os van a ver las ideas! Así sabremos en cada momento las depravaciones que andáis pensando, desgraciados —rugía la otra.

Las llamaban las Cianuro porque el aliento les olía a almendra amarga y porque eran un veneno. De hecho se contaba que años atrás las habían echado del Centro de Lactantes porque lo que se les subía a la teta no era leche sino bilis. Pululaban por la casa con total impunidad y más valía no encontrárselas por un pasillo.

—Ayer me-me-me las crucé o-tra-tra vez y me-me-me dieron un cosqui. Así, por-por-por las buenas —se quejaba Emilio, uno de mis compinches de alcoba.

El pobre muchacho había venido al mundo con una escopeta de perdigones por lengua que se le encasquillaba cada dos o tres palabras. Estaba allí porque su madre había muerto de leucemia, y su padre, que era representante de electrodomésticos, no podía hacerse cargo de él. Era un hombre muy ocupado y nunca estaba en la ciudad. Aunque también era un secreto a voces que ya había formado otra familia y que se había olvidado de él, excepto por Reyes cuando la conciencia lo atacaba y se dejaba caer por allí con algún regalo para el chico. Mala suerte para Emilio, quien además era uno de los blancos preferidos de Las Cianuro.

—Un ca-ca-ca-riño de abuela, di-di-di-dicen.

—No, si al final nos quieren y todo —protestó otro de los muchachos

En resumen, que Las Cianuro nos apreciaban. A su manera, pero nos apreciaban, aunque fuere de una manera un tanto espinosa, como las enredaderas de agujones, rosas y mandrágoras que se enroscaban por todo el palacete. De su cuidado se encargaba cada día el señor Rivas, un jardinero nada convencional. A veces, durante las clases, los ojos se me escapaban a través de la ventana para verle trabajar con aquellas manos de violínista, con su bata blanca y unas enormes lupas de empollón tras las que parecía esconderse del mundo. Aquel hombre de pelo y bigote canos tenía más trazas de Premio Nobel de Medicina que de jardinero. Había aterrizado en la casa hacía unas semanas y apenas hablaba con nadie. Siempre parecía tener trabajo. Cuando no podaba, pasaba largas horas dentro del botiquín haciendo Dios sabía qué. Pero a fin de cuentas, podar, fumigar y fortalecer aquel dragón de fantasía que guardaba con celo los muros de San Nicolás parecía ser toda su vida. Y se le veía encantado con ello. A menudo seleccionaba y cortaba los mejores trozos para replantarlos después en macetas y tiestos de distinto color, lo que no sabíamos para qué.

—¿El jardinero es mudo o qué? —preguntaba uno.

—Ése sólo le *habla* a doña Ana, a ver si os enteráis ya —respondía otro riendo, no sin cierta maldad.

—La vieja se habrá encaprichado de él —dijo otro más.

—¿Ah, sí? —saltaba yo molesto, a la defensiva—. Mucho sabéis vosotros.

—De eso nada, el que sabe es él, que ha sabido arrimarse bien para comer caliente —reía uno de ellos—. Un tipo listo, ¿no crees?

Listo y habilidoso, pues a falta de concretar si aquel rumor de Rivas con mi benefactora era cierto o no, el jardinero tocaba cada domingo el órgano de la capilla acompañando las homilias del padrecito Casto, un curita con trazas de galán que el séptimo día de la semana se subía hasta allí para mantener en el buen camino a aquel rebaño de niños perdidos. Sus oficios eran un auténtico espectáculo, tanto que, en más de una ocasión, los vecinos más cercanos se acercaban a San Nicolás para escucharle decir misa. El ritual iba tomando cuerpo a ritmo de clásicos populares como Paquito Chocolatero; a veces, incluso, con tiempo, el evangelio lo teatralizaban los más pequeños de la casa y la guinda la ponía un número de magia donde el mosén multiplicaba el cáliz de vino en tres copones para asombro y regocijo de los más sibaritas.

—¡Eso sí que es un cura como Dios manda! —festejaban los curiosos desde la ventana, agolpados entre sí como ristras de jabuguitos —. ¡Viva el Padre Casto!

Huelga decir que aquel escándalo ya le había supuesto alguna colleja por parte de la curia, una excentricidad más sumada a otras tantas como transitar por la vía pública sin el correspondiente permiso de circulación bajo la barbilla. Nadie lo entendía, ni doña Ana.

—¡Qué manía que tiene usted con vestirse de calle, Don Casto! —le recriminaba al acabar la misa— Un día de estos me lo van a mandar bien lejos y me voy a quedar sin cura. Al Pirineo, a una torre de vigilancia se me lo van a llevar.

—¡No exagere, mujer! Voy siempre de paisano porque a mí todo el mundo me conoce aquí, patrona. Imposible dar gato por liebre; es más, la última vez que me puse el alzacuello fue para entrar gratis en los museos de Roma —confesaba.

A veces don Casto se quedaba a almorzar en la casa y nos contaba las historias más inverosímiles, como la vez en que, a nuestra edad, él y un grupo de seminaristas se fueron a la playa con un mono tití colgado del brazo. El pequeño primate era la mascota del director del seminario, un enamorado de la zoología y de aquel ejemplar al cual, por diversas razones, consideraba una entidad superior a los componentes de la diócesis. El caso es que un fin de semana tuvo que ausentarse y dejó el mono a cargo de los muchachos. No fue hasta la mañana siguiente en que regresó cuando todos cayeron en la cuen-

ta de que se habían dejado al mono en la playa, atado a una estaca y a pleno sol. Cuando fueron a por él se lo encontraron en tal estado de deshidratación y mengua que para officiar su sepelio no hizo más falta que una caja de cerillas.

—Pues ya se lo podrían haber comido al menos —consideré riendo.

—Pues sí, porque visto lo visto por aquí...

Al padre Casto no le faltaba razón. En San Nicolás la hora de comer podía llegar a ser el momento más temido del día, sobre todo a la noche. Normalmente, cuando la oscuridad se pegaba a los cristales, nos veíamos obligados a tragarnos la misma comida del mediodía a menos que la Carmen hubiese tenido tiempo de improvisar alguna alternativa por la tarde.

—¡Pues espero que tengáis apetito! Esta tarde he sorprendido a la Carmen cazando moscardones como croquetas. Al que le toque, si se las come, le regalo un tebeo. *¡Bon appetit!* —deseaba el espécimen que tenía enfrente.

A éste ya lo conocía de antes. Era Carlines, hijo del peluquero gitano que oficiaba en *Casa Barba*, a la espalda del Mercado del Carmen. Lo veía allí cada dos por tres, cuando mi padre me llevaba a esquilas, y siempre barriendo de pelambreras el suelo que pisaba en recompensa por sus pecados. Y no era pequeño el que le había llevado ese año hasta San Nicolás. Su última tropelía había sido sobornar a un par de policías la noche que fue con un amigo a robar sacos de patatas en un tinglado del puerto para después venderlos de estraperlo en el Barrio del Molino. La cosa es que no sólo los trincaron en el acto, sino que además Carlines les convenció para que les ayudaran a saltar la reja.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunté.

—Les dije lo primero que se me pasó por la cabeza: «Si les parece bien, señores polizontes, amigos todos, y tal que paladines de la justicia y de los más débiles que son, nos repartimos la carga como buenos hermanos y aquí paz y después gloria».

Y los convenció. Carlines tenía un ingenio tan afilado como la boca que lo escupía, hecha para desarmar a cualquiera. Lo malo vino días después cuando uno de los guripas fue a cortarse el pelo al negocio del padre. Desde la silla giratoria el policía reconoció a Carlines. Al deducir que era hijo del peluquero, le recomendó a éste poner al chico al frente del negocio pues malgastaba su talento escoba en mano, ya que por un saco de papas era capaz de convencer hasta a un cardenal. En cuanto el polizonte soltó un poco más la lengua, la cosa acabó aquella mañana en carrera y salto olímpico: Carlines salió pitando por un lado y el policía por otro, con el peinador colgándole del cuello aún y medio flequillo esquilado, mientras el peluquero corría tras él por el Mercado del Carmen con las tijeras en las manos.

—¡Qué vergüenza! Un gitano detrás de un policía, ¡dónde vamos a parar!

Y es que el buen peluquero, Don Ramiro, no era un gitano cualquiera, sino uno de esos que, por raro que parezca, no quieren saber nada de los gitanos. La suya era una larga estirpe consagrada al bandolerismo cuya razón de ser se perdía en la noche de los tiempos y, sin embargo, quizás el azar, quizás un fallo genético, o incluso la misma contaminación, hicieron que Ramiro se convirtiera en la oveja negra del clan y en esteta de la navaja y la tijera. Pero el pasado es lo que tiene, que renunciar a él es como escupir al viento.

—Es lo que los budistas llaman el *karma* —se burlaba Carlines, trascendental—, porque al final el pasado siempre regresa para restablecer el orden lógico de las cosas. Ninguna acción, por buena que sea, queda sin castigo, y por mucho que mi viejo quisiera mezclar su sangre con la de mi madre, la cual es una santa, dicho sea de paso, el muy canalla debió ser un tunante bueno en una vida anterior.

Medio payo, medio Gitano. Ése era Carlines Suárez, eones de sapiencia zíngara cabalgaban por sus venas. Y así fue como sus padres le llevaron a San Nicolás, para ver si le arreglaban al niño o, con suerte, le devolvían el hijo de otro para verano.

De seguida, una sombra nos cortó la risa.

—Veo que estáis muy animados.

Tenía el rostro serio y la mirada vacía, de ésas que ya lo han visto todo en la vida... y en la muerte. Era Víctor Durán, el nuevo instructor de la casa, uno de los últimos divisionarios que acababan de regresar a Huelva, de aquéllos que dos años atrás prefirieron quedarse en Rusia con los alemanes a cambio de un sueldo pagado a precio de oro. Un mercenario de Guerra. Nadie sabía qué hacía allí.

—Seguid, por favor. No os cortéis —continuó—. Es buena la plática en el almuerzo, abre el apetito. Pero habláis mucho y coméis poco, así que quiero ver ahora mismo esas bocas llenas o sabré que esta noche tendré una cuadrilla entera para limpiar de jaramagos el patio entero.

Nadie chistó. Todos hundimos la cuchara en las acelgas a pesar de que hacía un buen rato habían dejado de humear en el plato.

—Muchacho, acábate el plato —me dijo—. Me he fijado que no comes mucho y tienes mala cara. Todos la tenéis. Las acelgas son buenas para el estreñimiento, recordadlo: un cuerpo taponado envenena el espíritu.

Luego dio media vuelta y continuó su patrulla por otras mesas.

—Ya te daré yo a ti espíritu —bufó por lo bajini Carlines—. Desde que el hijoputa ése ha llegado no nos quita el ojo de encima.

—Ése te-te-te-te tiene fichado, Ca-ca-ca-carlines. Te lo-lo-lo digo yo.

—Pues como me toque mucho los huevos se va a enterar. Le lleno el uniforme de

pulgas, que de eso vamos sobrados aquí.

Victor Durán... Su semblante era inexpresivo, como el de un maniquí, carente de cualquier signo de vida, vacío, y al mismo tiempo fiero, de facciones prominentes, de pómulos afilados, de ojos oscuros, fríos, y malditos. Un rostro impenetrable, como el de un tiburón, silencioso, vigilante, siempre al acecho, merodeando a través del arrecife de mesas del comedor, paciente, diríase que esperando su oportunidad. Eso es lo que era Durán.

—Oye, ¿me de-de-dejarás ver la re-re-re-vista de los tiburones?

—preguntó Emilio, quien parecía haberme leído el pensamiento.

—Claro que sí —le aseguré— pero después no digas que tienes pesadillas.

—Mejor soñar con uno de esos bichos que no con ése —dijo Carlines.

Durán casi nunca comía. Siempre estaba de ronda, asegurándose de que nadie metía la pata a la hora de comer. Cuando se sentaba lo hacía en la mesa de los adultos y tomaba algo de fruta. Entonces sacaba de su chaqueta una navaja automática que hacía furor entre nosotros. Atraía cualquier chispa de luz como un imán y cuando localizaba en la distancia algún pequeño conato de rebelión, no tenía más que proyectar el reflejo de aquella hoja que cortaba el aire y las ganas de seguir haciendo jaleo. Durán era un tipo duro. Consecuencia de ello era el efecto que había causado en las Cianuro, las tenía revolucionadas. Virtudes y Fuensanta se mostraban encantadas con tener tan cerca a su soldadito, se arrimaban a él durante el almuerzo y le pedían que les contase batallitas del frente ruso mientras él las ignoraba pelando su pieza de fruta.

Pero no todo era malo en aquella mesa; cerca de las Cianuro se sentaba lo mejor de la casa, Violeta, otra recién llegada. Aquel año de 1947 estaba siendo de grandes incorporaciones, no había más que verla. Yo apenas podía dejar de mirarla. Violeta era la cuidadora infantil, venía de un pueblo del Andévalo y tenía diecisiete años recién cumplidos. A esa edad Violeta ya era poseedora de todo cuanto gusta a un hombre. Violeta era lo que podía decirse un sueño de mujer, la mujer en la que se estaba convirtiendo.

En una de éstas, la chica sorprendió a mis ojos balanceándose sobre ella.

Bastó una simple sonrisa para hacerme encoger en la silla.

—Está buena, ¿eh? —convino Carlines al verme los colores.

—De-de-de-de toma pan y mo-mo-mo-moja.

—No te me embales, Emilio —le advirtió Carlines—, no vayas a estrangularte con la lengua y las acelgas. Sería una muerte muy vulgar.

—Es preciosa —dije casi lamentándolo.

—Pues no te hagas muchas ilusiones. Eres un crío para ella. Además, seguro que ésa ya está de vuelta.

—¿Tú crees?

Carlines empinó los hombros y el silencio dio por sentada la respuesta.

—Ya me imagino yo un harén con al menos diez chicas como ésa —saltó uno de los muchachos—. Si es que los moros, digan lo que digan, nos llevan años luz de adelante.

—¡Craso error! —arguyó Carlines y de inmediato nos preparamos para un mitin de órdago—. Morolandia jamás será una civilización más avanzada que la nuestra, lo de la poligamia es la mayor demostración de todas pues claramente manifiesta que se quedaron atrás en la *escalada* evolutiva. En tanto, yo os digo que si bien es cierto el hombre no puede estar solo en este mundo, como así rezan las sagradas escrituras, lo que no excluye que su mayor problema sea que las mujeres son muchas y que no se puede abarcar tanto, sus ansias animales se ven compensadas con una sola neurona, la suficiente para echar el día, no estando por tanto capacitado para aguantar tanta feromona y verborrea. Si apenas se puede con una, ¿cómo es posible que metas en tu casa a un puñado? Elemental, mis infames criaturas: con una bajo el mismo techo, sobra. Y como vayamos por la vida con otros pensamientos, siempre estaremos al norte de África.

—Creo que-que-que me has convencido, Ca-ca-ca-carlines.

—Intenta no tartamudear mi nombre por el bien de nuestra amistad, Emilio. Cuando lo haces, suena a mierda.

Me evadí de aquella conversación que no conducía a ninguna parte y por última vez me escurrí de espíritu hasta la mesa de Violeta. Memoriqué cada centímetro de su rostro, su sonrisa, sus manos... un patrón perfecto que abrazar en mi cabeza. Para cuando me di cuenta, su mirada me atrapaba nuevamente como a una mosca. Ni siquiera tuve tiempo de disimular. Puse mi mejor cara de idiota y continué con mi plato.

Violeta... Su nombre envenenaría mis sueños durante noches.

No supe lo que era el frío hasta que llegué a San Nicolás. Conforme me acostumbré a ser un prisionero más de sus pasillos, comprendí que lo que ganaban en inmensidad lo compensaban con crueldad en invierno. Día tras día, el frío se me pegaba más y más a los huesos hasta que dejaba de sentir que mi cuerpo me pertenecía. Para entrar en calor no nos quedaba otra que apretujarnos, pues en lo más crudo del crudo invierno continuábamos en pantalón corto. Gentileza de Víctor Durán, quien había convencido a la señora de la casa de que el sufrimiento fabricaba hombres de verdad.

—Hay que tener capacidad de sufrimiento, muchachos —nos arengaba durante su hora diaria de educación física—. El dolor fortalece el cuerpo y purifica el alma. Ya me lo agradeceréis en unos años.

—Se-se-se-señor Durán, es-to-to-to-estoy helado —le interrumpió Emilio, llenando el aire de escarcha con su aliento.

Tan pronto como el chico le puso el seguro a su lengua supo que había cometido un error. El vigilante se volvió hacia él y lo tomó por la barbilla. El resto apretamos los machos.

—Criatura, ¿qué sabrás tú lo que es estar helado?

Era uno de esos momentos en los que podía pasar cualquier cosa. Con Durán la vida siempre parecía balancearse en la cuerda floja. Una semana antes uno de esos niños le interrumpió la clase por algo similar. Tenía sed. El vigilante lo llevó hasta la manguera y lo tuvo chupando de ella hasta que no pudo ni moverse. Estuvo tres días guardando cama con fiebre y dolor de estómago. Pronto tomamos nota de quién era Víctor Durán Y aquella mañana en que Emilio tenía frío lo volvió a demostrar.

—¡Todo el mundo a formar en fila! —ordenó Durán que mantenía a su lado al chico, bajo su brazo—. Vuestro compañero tiene frío, pero lo que no sabéis es que la mayoría de las veces el frío no es más que una ilusión generada por el propio cerebro. ¡De

manera que vamos a echarle una mano! Abrid bien vuestras manos y hacedle entrar en calor. Ya sabéis cómo se hace.

La fila entera caminó hasta Emilio. El primero se cuadró frente a él, levantó la mano y el eco de su bofetada retumbó por todo el patio. Fue realmente duro. Aquella primera bofetada resonó todo el día en mi cabeza. Uno a uno fuimos despachando a Emilio a mano abierta. Golpe tras golpe, su rostro se iba encendiendo, sin lágrimas que pudieran sofocarlo. Su cara se fue hinchando más y más, así, un guantazo después de otro. Y otro más. Y otro, y otro... Y mientras tanto, el pelotón que parecía interminable. Nunca antes se había humillado a nadie en San Nicolás y nunca antes nos habían obligado a hacerlo. Aquella mañana algo murió dentro de mí, de Carlines, y de todos. Ninguno estábamos preparados para ello. Aquella mañana descubrí que lo peor de San Nicolás no era el frío que amortajaba sus paredes, ni siquiera las Cianuro que vigilaban sus pasillos. No. Lo peor de San Nicolás era Víctor Durán. Y aquella mañana nos hizo comprender que todos allí estábamos encerrados con él.

Cuando el espectáculo acabó, Durán escrutó un rostro rojo y agrietado por el dolor y la vergüenza, en ese mismo orden.

—En Leningrado sí que estábamos congelados, Emilio —continuó hablándole, en voz alta para todos—. Día tras día esperábamos con paciencia, escondidos en un bosque que se había vuelto de color blanco, abrigados bajo la nieve. Aguardábamos a que los rusos salieran de su madriguera para caer sobre ellos. Pero no tenían prisa. Allí dentro estaban bien calentitos. Eso sí que era tener frío, Emilio. Ninguno de vosotros sabe lo que es el frío.

Nadie dijo nada, ni siquiera el viento se atrevió a hacerlo. Durán dio un paso hacia el muchacho y volvió a agarrarlo por la cara.

—No vuelvas a dirigirte a mí hasta que aprendas a hablar, tartamudo. A partir de ahora conmigo será «sí» o «no» de esta manera —le explicó cogiéndolo por la barbilla, de arriba abajo y de izquierda a derecha. Así era cómo debía hacerlo en adelante—. ¿Lo has entendido?

Emilio asintió entre lágrimas de fuego.

—Bien, ahora ponte a correr alrededor de la parcela hasta que termine la hora. Ya verás como el resto de tu cuerpo entra en calor.

El muchacho acató la orden y empezó a correr. A nadie se le ocurrió seguirle con la mirada. Un insoportable remordimiento nos devoraba por dentro. Su castigo se había convertido en el nuestro. Ése era el estilo de Durán, sin mancharse las manos, haciéndonos cómplices del mismo crimen. Ése era Víctor Durán. Y así nos trató desde el primer día, como un martillo trata a un clavo.

—¿Alguno más tiene frío? —preguntó a una audiencia silenciosa—. ¡Bien!, coged el balón y haced dos equipos. Los que pierdan limpiarán la cocina hoy. Espero que el espectáculo sea bueno.

Tan pronto como se dio la vuelta, Carlines abrió por lo bajini su caja de pandora.

—Hijo de puta... —susurró—. Leningrado... Ya me gustaría ver al bocachanca éste en Leningrado y en pantalón corto.

—¡Cállate, que te va a oír! —le ordené.

Carlines tenía la boca ideal para meternos en un lío a todos.

—¿Que me calle?, si estoy por romperme la pierna para no tener que verle la geta al *abombao* éste. Además, así de paso me cuida la buenorra de Violeta.

—Ya quisieras tú, enterao —respondí encelado—. Además, Violeta está con los enanos.

—Sí, pero ella es la encargada del botiquín, de modo que dichoso del que se haga una torcedura porque de él será el reino de las pechugas—suspiró en pareado.

—Eres un poeta.

—Qué le voy a hacer si soy así de tierno —repuso el chico—. El problema es tuyo, chaval, que te estás enamorando. Y voy a decirte una cosa, espécimen calentabundo: encoñarte es la última de las enfermedades que deberías coger aquí dentro. Enamorarse de una chica así es como pillar la lepra. Al final se te caerá el corazón a cachos y si no al tiempo. Por suerte, tengo la solución. Conozco a una coja de la pescadería que por dos pesetas te deja como nuevo. Eso sí, tiene truco: cuando estés a puntito, a puntito, le quitas de un puntapié el taco que se pone bajo la pata chula y, cuando empiece a trastabillar, verás el gustito que da. No falla, macho.

Carlines era todo un especialista en provocar incendios y apagarlos con gasolina, pero también lo era en el arte de aliviar tensiones con su particular forma de ver la vida y sus partes más impúdicas.

—¿Qué te gustan las cochinas!

—¿De eso nada, calavera!, que el amor de vello púbico es deporte y, por tanto, salud y tónico espiritual. Anda, vamos a repartir unas cuantas patadas.

Y de esa manera nos lanzamos a un partido sin tregua donde las piernas y los puños volaban. Era lo que tenían las nubes de polvo que se formaban en el patio de recreo, tan propicias para ajustar cuentas y viejas rencillas de pasillo, más aún si estaba en juego quitarse de fregar la cocina. Y sin embargo el rival no era lo difícil. Lo complicado era sortear aquel terreno embarrado y plantado de árboles y raíces como estacas. La victoria siempre estaba tan cercana como la propia enfermería. El balón rodaba a duras penas entre piernas, brazos y alguna cabeza desdichada. En una de éstas me hice con la pelota,

entre la muchedumbre, a empujones, con la portería delante, y justo cuando estaba a punto de dejar la portería y la grada temblando de un testarazo, di un paso en falso. En cuanto levanté la barbilla todo se volvió oscuro y estrellado.

* * *

—Martín...Martín... —escuché una voz lejana.

El universo entero parpadeaba frente a mí, hundido en un pozo de alquitrán en el que me pareció flotar toda una eternidad. De repente sentí un pinchazo en la mejilla ardiente y helado al mismo tiempo. Un cierto sabor metálico me mojaba los labios.

Abrí los ojos y allí estaba Carlines como la virgen María sosteniéndome la cabeza, piedad en ristre.

—Macho, ¿estás bien?

Ni siquiera podía levantar la cabeza.

—En un minuto te lo digo —contesté—. ¿Ha sido gol?

—Por toda la escuadra.

—¿Entonces no fregamos?

—De eso nada: nos han matado en el descuento.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Suficiente para entrar en el paraíso de las tetas.

Su barbilla señaló a un lado y enseguida un ligero olor a azahar se abrió paso entre todos. El aroma de su piel era tan difícil de olvidar como el pañuelo perfumado de almidón con el que me presionó la herida.

—¡Aguántatelo ahí! —exclamó Violeta—. Y ni se te ocurra tocarte con las manos.

El beso del pañuelo quemó todo a su paso, abrasador. Sin embargo, ni dos segundos tardó en quedar en segundo plano.

—No se preocupe por mí... Doña Violeta... Estoy bien, creo.

Las palabras se atropellaban en mis labios. Fue nuestra primera vez.

—Nada de «doña» ni «usted». No soy ninguna vieja —quiso dejar claro.

—Lo que «digas», doña Violeta.

La muchacha esbozó una sonrisa al ver que aún me quedaban fuerzas para intentar tomar el pelo.

—Por Dios, ¿tú has visto lo que te has hecho? —negaba con la cara.

—No creo que ahora mismo pueda sacarme el ojo para comprobarlo.

Entre las cabezas se abrió paso otro olor, uno a vainilla quemada que siempre acompañaba a Durán como su perro fiel. El vigilante me sonreía desde las alturas con su cigarrillo entre los labios.

—Se ha cortado el pómulo, señor Durán. Habrá que llamar al médico.

Durán le negó con la cabeza. Luego me sonrió.

—Anda, ven conmigo. Yo te arreglaré esa cara.

Una viruta de luz resplandeció en la punta de acero y yo me eché a temblar. Hilo y aguja era cuanto necesitaba. Nada más. Con ello Víctor Durán cerraría aquella brecha que un árbol me había regalado bajo el ojo. Antes se lavó las manos con excesivo escrúpulo bajo un chorro de agua que trazaba jirones de vapor al chocar contra la pila.

—¿A qué sabía ese pino? —bromeó el vigilante, siempre con aquella sonrisa con la que nos estudiaba al milímetro.

—Supongo que a madera. No me ha dado tiempo a rebañar —contesté. Durán me enseñó las encías, en silencio.

Estaba riendo, sin carcajada, apenas un hilillo de aire que se tragaba entre los dientes, como un tiburón que se alegrara de ver a su presa antes de asestar su dentellada. Sentí un escalofrío. Al menos no estaba solo. Violeta también estaba allí, preparándole los avíos y unas cuantas gasas limpias. Era agradable tenerla cerca. Y por supuesto Carlines, que se había colado en el botiquín. Ése no se perdía una.

—Macho, estás enfermo —me susurraba al oído mientras Durán y Violeta preparaban el instrumental—. No hacía falta partirse la cara contra un árbol para estar cerca de Violeta.

—¿No eras tú el que se iba a romper una pierna?

—Majadero.

—Gallina.

Con gran habilidad, el vigilante enhebró la aguja y se preparó a remendar mi mejilla derecha.

—¿Nervioso? —me preguntó enseñándome los dientes, divertido.

—¿Debería? —disimulé, sin apenas saliva.

—Muchacho, esto te va a doler.

Sin previo aviso, Durán ensartó mi cara a traición con aquella aguja que era fuego

puro. A duras penas conseguí mantener a raya mi lengua y dos lagrimones mejilla abajo. Noté la quemazón del hilo morder el pómulo, acariciando el hueso que dormía debajo, perforando y cerrando la herida hacia la otra orilla de carne. Y mientras tanto, Durán sonriente. Lo estaba pasando en grande. Podía verlo en sus ojos, aquéllos ojos negros, apenas iris, sólo pupila, ojos sin vida, de muñeca. Dos imanes de los que no pude despegarme. Ninguno de los dos nos perdimos de vista a través del zurcido, como fuego cruzado.

—Ya queda menos —me consolaba Violeta.

Gracias a Dios que ella estaba allí. Me sonreía con una dulzura como nunca antes una chica me había profesado. Ni siquiera Esther Ruiz, a la que había besado al menos tres veranos antes en la Playa de la Gilda. Todavía la recordaba, cómo no. El suyo, además de ser el único beso de mi corta existencia, me había costado todos los ahorros. Menuda broma. Los chicos hacían cola para besarla a la espalda del balneario, donde Esther pedía una *perra* chica a cambio, diez céntimos que le manchaban a uno las uñas y los bolsillos. Deshacerte de ella te daba derecho a un beso de tornillo y un buen pellizco en el culo. Por entonces ya sabía lucir una perfecta sonrisa de plástico, la misma a la que le había aclimatado un bolsillo lleno de monedas. ¿Acaso la costumbre no hace el hábito? Aunque, que yo recordara, ésa de monja no tenía nada.

Y ahora que miraba a Violeta, la Ruiz estaba a punto de pasar a la historia, justo en el mismo momento en que Durán me daba la última puntada llevándose consigo, y de un tirón, el hilo que sobraba y parte de mi dignidad.

—¡Ahhhhhhhhh! —chillé como una niña.

—¡Ya estás! —rió Durán—. Y no grites, hombre, que no es para tanto.

—De acuerdo, ¡pero la próxima vez le opero yo a usted! —repuse.

El vigilante me ofreció un pequeño espejo de mano que había por allí. Lo cogí con miedo a encontrarme algún estropicio. En lugar de eso, una grotesca mueca ensartada en hilo y jirones de sangre me sonreía bajo el ojo.

—Ocho puntos —dijo Durán.

—Estás hecho un asco —puso de su parte Carlines.

—Isabela me va a matar —lamenté de inmediato.

—No será para tanto —intervino Durán.

—Estás hecho un asco —insistió.

—¡De eso nada! —salió al rescate Violeta, tomándome por la barbilla para mirarme en conjunto y le aclaró a mi amigo—: ya quisieras tú tener una de éstas. A las chicas nos encantan las cicatrices. Las vas a volver locas a partir de ahora, Martín.

—Sí, de momento a mi tía. A ella le va a encantar.

Violeta impregnó una gasa en yodo y empapó la herida.

—En cuestión de días bajará la hinchazón —dijo Durán—. Cuida que no te de el sol y evita si puedes el patio de recreo.

—¿Eso significa que tampoco hará falta que vaya a su clase de gimnasia?

—Buen intento, pero eso no te será tan fácil —aclaró—; Violeta, cariño, esta herida debe secarse. Por favor, haz los honores.

Durán me guiñó un ojo, entre hombres sobaban las palabras. Acto seguido Violeta se inclinó, colocando su boca a un palmo de mi ojo, y a Carlines se le salieron las cejas del mapa. Violeta sopló con ternura a través del beso que dibujaban sus labios y enseguida entré en éxtasis. Debí poner la cara más estúpida del mundo porque al minuto Durán me cortó el rollo.

—Ya es suficiente, Violeta, no se le vaya a salir un punto a nuestro amigo.

—Qué cosas dice usted, señor Durán —dijo casi abrumada—. Bueno, si no me necesita, me marcho a la cocina a echar una mano.

—Puedes marcharte. Y tú también —señaló a Carlines la salida—. Vamos, largo.

A mí en cambio me invitó a quedarme hasta que se secase la herida. Violeta salió de la enfermería y tras ella Carlines. Me quedé a solas con Durán. Solos, él y yo. Lo primero que hizo fue sacar su paquete de Bisonte.

—¿Un cigarrillo? Nunca viene mal después del combate.

—Gracias, pero no me gusta. No lo he probado nunca ni creo que lo haga.

—Eso es absurdo. ¿Cómo puedes decir que no te gusta si nunca lo has probado?

—Por la misma razón por la que sé que no me gustaría tirarme de un puente.

—No hay muchos puentes por aquí cerca, muchacho.

Durán encendió un cigarrillo y las primeras gotas de lluvia golpearon los cristales. Sentí el agua penetrar San Nicolás como si estuviera hueca, recorriendo cada fisura, arrastrándose por cada recoveco, al igual que haría a través de las viejas galerías de una caverna sin fondo. Mientras tanto, Durán no me quitaba el ojo de encima. Me miraba de arriba abajo como si acabara de salir del suelo. Y lo hacía de tal manera que le hacía a uno sentirse igual que si no fuera nada en este mundo, como se mira un montón de basura.

—Me he enterado que tu madre no anda muy bien de salud y que por esa razón estás tú aquí.

—Ha oído bien.

—Me enteré hace poco, un día que fui a llevar el coche al taller. No sabía que tu padre fuera Salvador.

—Pues sí, lo era.

—Tu padre era un patriota, chico. Murió sirviendo a la causa nacional contra esos rojos de mierda. Y era un buen mecánico, y también buena persona, demasiado como para darse cuenta de los buitres que le rondaban en el negocio. Me refiero a ese tal Julián, un tipo listo. Demasiado. Se quedó con el taller y con su mujer. Se quedó con *tu* madre —puntualizó—. Una lástima que acabara en brazos de ese tipejo porque, aparte de un poco fullero, también es algo putero, ¿lo sabías? Esperemos que no le haya pegado nada a tu madre.

—La tuberculosis se transmite por el aire, señor Durán —me atreví a meterle en cintura. Había cosas que no estaba dispuesto a tolerar.

—Ya, claro —asintió—. Por lo que sé tu madre cantaba muy bien de joven pero desconozco si grabó algo que se pudiera escuchar. ¿Lo hizo?

—Que yo sepa no —le mentí sin importarme si lo sabía o no.

No tenía ganas de entrar en detalles sobre mi madre y menos con un tipo que se divertía acorralando a la gente. Durán no le dio mayor importancia y sacó del botiquín una tirita.

—Ahora voy a ponerte esto. Dentro de tres días vienes y te la quito.

—¿Puede quitármela Violeta? —me aventuré.

—¿Qué te ocurre, yo no te gusto?

—¿Tengo que contestar?

Durán hizo un chasquido con la lengua.

—Puedes quitártela tú mismo, no necesitas niñera.

—¿Pero puede quitármela ella o no?

—Haz lo que quieras, pero a mí me parece un poco mayor para ti. Tú sabrás.

El vigilante se acercó a mí para ponerme la tirita. Antes de seguir, se lo impidieron.

—Yo no lo haría —recomendó una voz desde la puerta.

Era Rivas, el jardinero. Durán se volvió hacia él, enarcando una ceja, un tanto extrañado quizás porque, como ya sabíamos, él era alguien a quien no se le debía interrumpir, ya lo había demostrado, aunque posiblemente el jardinero aún no se había enterado. Aún así devolvió al jardinero su habitual mueca, templada y fría. Rivas vino hasta nosotros seguido por aquel par de ojos negros que nunca pestañeaban. Cuando llegó a nuestra altura se caló las gafas y se inclinó sobre mí.

—Ha hecho usted un buen trabajo —le premió mientras contemplaba su obra en mi cara—. Ponerle una tirita encima sería echarlo a perder. Podría infectarse o traerse los puntos cuando la retire. Deje que el frío haga el resto.

Rivas tomó un frasco de aspirinas del botiquín y me puso una en la mano.

—Tómate una como ésta con las comidas. Te aliviará.

—¿Y si no me sirve?

—Servirá, descuida —me reconfortó el jardinero.

—¿Y si no es así?

—¡Pues te aguantas! —zanjó Durán.

Rivas dejó el frasco en la mesa y volvió a echarle un vistazo a mi herida.

—Tiene buena mano, Durán. La ha cerrado tan bien que apenas le dejará marca alguna. Seguro que no es la primera vez que lo hace.

—La guerra le enseña a uno a ser polivalente, señor Rivas. En el campo de batalla se es soldado, cocinero, enterrador... Incluso médico. De eso sabe usted algo.

—Lamento decirle que nunca fui a la guerra —sonrió el jardinero.

—Yo no me refería a la guerra —fue expeditivo—, sino a lo de ser médico.

Rivas carraspeó.

—Bueno, sin duda me confunde con otra persona, señor Durán.

—Me parece que aquí el que se confunde es usted.

Un fogonazo de luz hizo temblar el cielo a los pocos segundos. En ese tiempo el silencio enturbió el ambiente.

—Me sobrevalora usted en exceso, señor Durán. Yo sólo soy un simple jardinero, nadie más que merezca la pena —quiso aclarar Rivas, casi defendiéndose de una acusación hecha por alguien acostumbrado a montar consejos de guerra cada dos por tres.

—Un simple jardinero no monta un invernadero en una enfermería —apreció el vigilante, sin dar un centavo por sus palabras.

Y no le faltaba razón. Aquel botiquín parecía cualquier otra cosa menos un botiquín. Había plantas y macetas por todos lados, aquí y allá, y, junto a la camilla, en una mesa, descansaba la más cercana en un tiesto de color amarillo, igualita a la que le había visto replantar una semana antes. Siete días después el rosal continuaba allí en su plenitud, vivo y hermoso como entonces. Pero no era la única maceta de color. Otras tantas más ocupaban el resto de la sala, macetas con distinta numeración, secciones de enredadera etiquetadas y en cubetas de aluminio, así como una colección de pinzas, bisturíes, y una colección de ensayos y tubos con anotaciones muy diversas.

—Para ser sólo un simple jardinero, utiliza un material muy poco convencional, ¿no le parece? Esto más que un botiquín parece un estudio de algo sobre algo: *quince... treinta... doscientos...* —leyó cada acotación mientras se paseaba de maceta en maceta—. ¿Está investigando algo, *doc*?

—Ya le he dicho que no soy doctor. Debe confundirme con otra persona —insistió.

—Rivas, puedo equivocarme con las personas, pero nunca las confundo. Conteste ahora: ¿qué es todo este alboroto?

El jardinero resopló.

—Sólo estudio la textura de las plantas —dijo cansado—, qué microorganismos afectan más a unas que a otras, qué tratamientos van mejor con unos que con otros... Proteger y realzar la belleza de las plantas forma parte de mi trabajo.

—Por supuesto, un gran trabajo el suyo —dijo sin discusión—; por cierto, ¿cómo están sus amigos los americanos, señor Rivas? Ya sabe a quiénes me refiero, así que no se haga el interesante, por favor. Dígame, ¿por dónde andan?

Rivas tragó saliva de tal manera que un chino podría haberlo escuchado escondido en su bol de arroz al otro lado del mundo.

—Le repito que ha debido confundirme con otra persona.

—¿De verdad? —suspiró ahora cansado el vigilante.

Su juego del ratón y el gato era desconcertante. Sabía cómo hacerlo, sabía cómo apretar y cuándo soltar. Y por mucho que Rivas evitara seguirle, con Durán enfrente, daba la sensación de que todo se iría al traste en cualquier momento.

—Bueno, ¿y qué me dice de esto?

Durán sacó de un cajón de la mesa de ensayos una carpeta y se la mostró sonriente. Había un nombre escrito en la cubierta, en mayúsculas: «WERNER». Luego abrió la carpeta y comenzó a enumerar su contenido.

—Es usted un tipo bastante curioso, Rivas. Esta carpeta está llena de hojas de periódicos, recortes, informes... En todos aparece el nombre de Werner, o bien subrayado o garabateado, ¿qué significa? ¿Qué es toda esta documentación?

El jardinero guardó silencio.

—Y eso no es todo —continuó—. También están las fotografías.

Durán le enseñó un puñado de imágenes de tal manera que pude verlas yo también. Todas eran iguales: ancianos, eran retratos de ancianos.

—No sabía que le gustaran tanto los abuelos, señor Rivas.

—Ni yo que a usted le gustara fisgar en los asuntos de los demás, señor Durán —se mostró entonces irritado el jardinero—. No debió haberlo hecho.

—Sí, sí, sí... —le siguió Durán, haciendo caso omiso al tono que acababa de emplear con él—. Pero no me quedó más remedio, sabe, sobre todo cuando me encuentro con esto otro.

Durán sacó del fondo del mismo cajón un revólver. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Qué hace esto aquí, *doc*? —preguntó alzando con escrúpulo la pistola por la culata, como quien recoge por la cola el cadáver de una rata.

—No me llame *doc*, ya le he dicho que...

—Lo que usted diga, *doc*, lo que usted diga... —resolvió cansino—. Cuénteme,

¿por qué guarda una pistola? Es un tanto peligroso, ¿no cree? Aquí hay muchos niños, Martín, por ejemplo, algunos incluso más pequeños que él. Podrían encontrarla y hacerse daño con ella.

—Sabe de más que está descargada.

—¿Y siempre lo está?

—Esa pistola hace años que no funciona, señor Durán —dijo—. De otra manera nunca la tendría. No estaría tranquilo.

—Si no se siente cómodo con una pistola de verdad, quizás le venga mejor.

Durán sacó del interior de la chaqueta su navaja automática, ésa que sacaba a pasear a la hora de comer. Cuando abrió la hoja, la mañana entera relampagueó sobre aquella afilada hoja que servía para algo más que para cortar fruta.

—En las distancias cortas las navajas son más efectivas que las pistolas, señor Rivas. Si le gusta se la regalo —le tentó.

—No me serviría de nada —confesó el jardinero.

—¿Y sin embargo tener una pistola estropeada sí?

El jardinero tenía moradas las ventanas de la nariz. Todo tenía un límite.

—Me sirve para espantar a las hienas.

Durán sonrió y fue hacia él haciendo la ruleta con la pistola.

—¿Ha visto alguna por aquí últimamente, Rivas? —preguntó a un palmo de su rostro.

El jardinero se pensó mejor la respuesta y prefirió callar.

—Eso está mucho mejor —observó Durán.

Luego le agarró por la muñeca y depositó el revólver en su mano. Y sin dejar de mirarle a los ojos se dirigió a mí..

—Será mejor que vayas a cambiarte, Martín, enseguida cenaremos; usted, Rivas, continúe con su trabajo. Y recuerde: puedo equivocarme con las personas, pero nunca confundirlas. Espero que le quede claro porque las soplapolleces me aburren soberanamente. Es más, me hacen perder mi tiempo y eso no me divierte. Ya hablaremos con más calma.

Durán abrió la puerta y me invitó a salir, pero antes de desaparecer le recordó nuevamente a Rivas algo más.

—Y por favor, dele recuerdos a sus amigos los americanos. Ya sabe, a los dos, no se olvide. Buenas tardes, señor Rivas.

Durán dejó la enfermería abierta y se marchó con parte del desprecio que había dejado dentro. Fuera, una helada galería de sombras me devolvió al mundo real de San Nicolás. El cielo retumbó una vez más a través de la cristalera y vi a Rivas contemplar

la tormenta frente a la ventana, perdido en el páramo, derrumbado como si cargara con el peso del mundo sobre sus hombros. Y a pesar de ello, aún tuvo fuerzas de decir una última cosa.

—Mierda...

Esa misma noche no pegué ojo. La imaginaria me duró lo que tardé en acabarme todo el parque de ovejas de la ciudad, y sin terminar de atar una en corto. Entrada la madrugada la tormenta no paraba de golpear la casa como si arrojara sobre sus muros y cristales toneladas de puntillas. Debían ser las tantas cuando la brecha de mi mejilla hacía ya un buen rato que había echado a patadas de mi cama el poco sueño que me quedaba. La mayoría de las veces el insomnio se debía al bombo que no paraba de centrifugar bajo mi ombligo, intentando digerir lo que no podía ni trinchar el tenedor. Sin embargo, aquella noche no sólo era la herida lo que me estaba quemando por dentro: a ratos era mi madre, de la que no sabía nada; otras veces Violeta, de quien quería saberlo todo. Pero más que ninguna, Durán. Él y su navaja me habían robado el sueño.

Salí de la cama y bajé en busca de otra aspirina con la que apaciguar el dolor de mi pómulo, cuidando de no cruzarme con ninguna de las Cianuro. Solían desvelarse con bastante frecuencia, pues la maldad apenas las dejaba dormir, y cuando eso ocurría, para aprovechar el tiempo, montaban guardia en el pasillo. A veces se las veía salir corriendo de nuestro dormitorio en mitad de la noche mientras dormíamos, después de repartir algún soplamocos por prescripción episcopal a quienes no tenían las manos a la vista. Por si las moscas; para cuando llegué al botiquín, la puerta no abría. Estaba cerrada con llave y no me quedaba otra que despertar a Isabela.

Una corriente de aire llegó entonces hasta mí de puntillas. Venía del otro lado del pasillo con el aroma de una sinfonía lejana y perdida en las tinieblas. Al final del corredor, desde la capilla, una melodía mortecina se arrastraba con agonía. Alguien estaba tocando el órgano de la casa. Rivas, supuse. Quizás lamiéndose las heridas de aquella tarde con un poco de música. Supuse que llevaría encima una copia de la llave del botiquín, allí donde había improvisado su pequeño invernadero, y que, por tanto, no tendría inconveniente en administrarme un analgésico.

Me aventuré por el corredor sin más luz que las láminas de ceniza que filtraban las ventanas. La puerta de la capilla estaba entreabierta, un lánguido soplo de claridad aguijoneaba el suelo. No me había equivocado: al otro lado, de espaldas, Rivas tocaba con manos de seda el órgano, con cuidado de no despertar a nadie, pero casi con torpeza, como si sus dedos no estuvieran bien engrasados. Debía ser la primera vez que se atrevía con aquella taciturna melodía. Normalmente lo que le habíamos escuchado era música sacra y, sin embargo, ahora una minúscula sinfonía rayaba la atmósfera con una tristeza inusitada entre sus manos. El hechizo fue instantáneo. La melancolía de las notas removió en mí un misterio de soledad como nunca antes había sentido, la capilla entera se contagiaba de su veneno. Era la música del silencio, el mismo silencio que se respiraba bajo la tormenta, el mismo que embrujaba una casa cerrada y poblada de recuerdos olvidados. Había decadencia en aquellas notas. Y dolor. Un dolor extrañamente delicioso que se arrastraba por la casa como el viento que se colaba por una ventana de la capilla.

Al poco, la música se apagó en la oscuridad con su eco de ultratumba palpitando entre las paredes. Justo cuando el jardinero se levantaba para marcharse, una carcajada polvorienta y aún más siniestra reptó como cascabel a través de la tormenta.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Rivas sobresaltado.

Una estridencia metálica arañó la oscuridad a golpes. El intruso estaba aplaudiendo.

—Le falta un poco más de práctica pero no lo hace del todo mal, doctor.

—¡Dios santo! —exclamó entre susurros el jardinero—, ¿qué estás haciendo aquí, muchacho? ¿Estás loco?

—Yo también me alegro de verle —respondió risueño el forastero.

—¿Cómo has entrado aquí?

—Sabe, alguien debería echar un vistazo a esas ventanas. Nunca se sabe lo que puede haber ahí fuera en el páramo.

—Has sido un inconsciente, podrían haberte visto. ¿Cuánto hace que has llegado?

—Poco —contestó—. No parece usted muy contento de verme.

—La verdad es que no; es más, lo lamento. Ahora dime qué haces aquí y qué te traes entre manos.

—Bueno, no son *manos* lo que precisamente usted me dejó, «Rivas» —pronunció burlón—. Por cierto me gusta eso de Rivas, no es original pero me gusta.

—¡Muchacho, déjate de juegos y márchate enseguida! Creo que las cosas van a ponerse feas por aquí.

—No se preocupe por mí, sólo estoy de paso. Me ha salido un negocio con unos

alemanes que quieren cruzar a Portugal. Pagan bien y yo necesito el dinero.

—Eso es muy peligroso. Si te cogieran...

—Si me cogieran ya sabría cómo escapar. De peores he salido. Usted lo sabe.

—Me alegra saber que lo tienes todo tan bien pensado. Pero más me alegraré si desapareces enseguida —le advirtió de nuevo—. ¿Cómo me has localizado?

—Fácil: «el otro» me lo dijo —respondió—. Le hice una visita, no fue difícil dar con él. Ya no se esconde de nadie. Creo que ha perdido el juicio. Y usted también —le censuró—. Ayudándolo sólo conseguirá que le cojan a usted también. Debería marcharse de aquí y dejar que se las avie él solo. Al fin y al cabo no es más que un perro perdido.

—Eso ya no es asunto tuyo. Hace mucho que decidiste darle la espalda, pero yo no lo haré —se lamentó Rivas—. Y ahora lárgate. Alguien está haciendo preguntas, creo que es un policía. No sé cómo me ha relacionado con vosotros dos, pero lo ha hecho. Ha preguntado por ambos y no tiene pinta de andarse con chiquitas.

—Descuide, no me quedaré más tiempo del necesario, sólo me he pasado a saludarle. Bueno, a eso y a ver también... ¿Cómo se llama...? Ah, sí, San Nicolás —mencionó, abriendo los brazos y dando varias vueltas en derredor—. Es una buena casa, muy grande. Pero no se ve muy acogedora. Debe hacer mucho frío aquí dentro, espero que se haya buscado buena compañía para las noches de invierno. En soledad suelen ser muy largas, se lo digo yo.

Rivas avanzó unos pasos más y le agarró por los brazos con firmeza.

—¡Muchacho, ahora en serio! Esto no es América. Estás muy lejos de los tuyos y aquí no tienes protección. Márchate cuanto antes y olvídate de todo esto, tu vida no está aquí. No lo echés todo a perder.

El extraño carraspeó una risa apagada y luego le puso las manos a su alcance.

—Sabe, nunca le di las gracias por lo de las manos.

—No tienes por qué. Era mi obligación —dijo Rivas.

—Hizo un buen trabajo, doctor —añadió con gratitud.

Por un momento Rivas bajó la guardia.

—¿Te siguen doliendo?

—De vez en cuando. Puedo controlarlo.

—¿Cómo soportas el dolor?

—Me aguanto —respondió el intruso— Hicimos grandes cosas juntos, ¿verdad, doctor?

Se produjo un largo silencio entre los dos. Tan sólo la respiración profunda de Rivas tomó la palabra. El jardinero cabizbajo parecía absorto en otra época, un pasado en

común. Y el pasado era lo que tenía, siempre regresaba para echarle un puñado de tierra a los ojos.

—Vete, por favor.

El extraño asintió sin mayor problema y se despidió.

—Cuídese, doctor.

La sombra abrió una de las ventanas y desapareció en la noche. Cuando Rivas se decidió a abandonar la capilla yo ya subía por las escaleras.

-Esto tiene muy buena pinta —dijo Violeta al reconocermela la herida—. Al menos a mí me lo parece. Voy a limpiártela de todos modos, así que no te muevas mucho.

—Gracias, Violeta.

Era sábado. Apenas habían pasado tres días desde el misterioso encuentro en mitad de la madrugada entre Rivas y su enigmático amigo, y aprovechando que Durán no andaba de patrulla por la casa, le fui a Violeta con el cuento de que tenía que curarme la herida.

—De todas formas, será mejor que los puntos te los quite él si no se te caen antes por sí solos.

—Lo que tú digas, Violeta —me tenía ensimismado.

Una vez más, el algodón borracho de yodo empapó la herida y luego ella sopló con aquellos labios hechos para quitarle la vida a uno. Menudo idiota. Estar enamorado era como tener una constante brecha abierta en el pecho por donde se me escurría el corazón para que ella volviera a ponerlo en su sitio.

—¿Escuece?

—Más de lo que piensas.

Carlina tenía razón. De seguir así, el corazón se me caería a cachos.

—Lo siento, pero esto si queremos hacerlo bien, nos llevará un rato.

Cuéntame algo, ¿por qué estás aquí?

—Básicamente porque no tengo quien cargue conmigo. Mi madre está enferma en el hospital y mi padre murió en la guerra. Sólo me quedaba mi tía Isabela.

—Vaya, cuánto lo siento, Martín —lamentó—. ¿Y qué le pasa a tu madre?

—Los médicos dicen que es neumonía —contesté—. Mi madre no paraba de toser y la cosa fue a peor cuando empezó a manchar pañuelos de sangre. No era muy conveniente que estuviera a su lado.

—¿Y se pondrá bien?

—Eso parece. Lo último que me dijo por teléfono es que estaba mucho mejor. Y espero que así sea. Ella es lo único que tengo en el mundo. De momento me tengo que conformar con su voz.

—¿Su voz?

—Sí, mi madre era una artista famosa —me tiré el pegote—. Malena Quintero.

—¿Malena Quintero has dicho? —preguntó—. Lo siento, pero no me suena mucho su nombre.

Prácticamente eso era lo peor que se podía decir de una cantante.

—Bueno, no importa. Fue bastante famosa de joven, antes de la guerra. Grabó incluso un disco, sabes.

Violeta puso cara de sorpresa.

—Pues cualquiera no graba un disco. ¡Vaya, eso sí que no me lo esperaba! Háblame de ella —me pidió.

—No hay mucho que contar. Sólo sé que antes de yo nacer estaba bien considerada en el mundo de la farándula. Viajaba mucho y ganaba concursos.

—¿Y qué pasó después?

Levanté la mano. *Mea culpa*. Yo era la respuesta.

—Pero podría haber seguido cantando, ¿no?

—Después de morir mi padre perdió hasta las ganas de seguir respirando.

—¡Vaya!, es una triste historia —lamentó—. Ojalá se cure rápido y pronto podáis estar juntos.

—Bueno, aquí tampoco estoy tan mal.

Un par de hoyuelos aparecieron en su rostro, justo debajo de aquel lunar que sonreía a unos cuantos privilegiados. Entonces se levantó y puso la bandeja con los algodones y el yodo en su sitio. Luego me miró de soslayo, aún hoy creo que con coquetería. Y creo que fue con ese «creo» como realmente empezó lo malo.

—Sabes, me encantaría escuchar ese disco. Tengo un gramófono arriba en el cuarto. Si quieres...

—No se hable más —dije con el corazón dándome tumbos en el pecho.

En menos de cinco minutos ya estábamos sentados a los pies de su cama como si nos conociéramos de toda la vida. Violeta tenía su alcoba en el dormitorio infantil, con los más pequeños. Una gruesa mampara separaba su espacio del resto de camas, no necesitaba más, pues entre pañales y baberos su intimidad estaba más que asegurada. Un catre, un pupitre y un armario eran cuanto tenía por dormitorio, justo en el otro extremo de la entrada. Del otro lado de la puerta corría una escalera hacia el punto más alto de la

casa, el mirador. Desde allá arriba se podía contemplar la ciudad que habíamos conocido una vez, un laberinto de calles y edificios en el que valía la pena perderse. Y allí mismo los mayores tenían su fumadero, curiosamente donde también se decía que la sobrina de la cocinera se dejaba los bajos con algunos de ellos, si no con todos.

—Si te pillan aquí, te puede caer una gorda. Y a mí también.

—Descuida, será nuestro secreto —le prometí.

Violeta agarró el gramófono y lo puso sobre la cama. Luego tomó el disco.

—Vaya, vaya, vaya. «Malena Quintero... *El rastro de su voz*» —leyó entusiasmada—. Precioso. ¿Es ella?

El encarte reproducía una actuación de mi madre cantando de joven, envuelta en un vestido luminoso.

—Sí, lo es.

—Es muy guapa. Ahora ya sé a quién sales.

—Bueno, mi padre también hizo lo que pudo.

Ella sonrió y yo me gané un pellizco en la mejilla buena. No supe cómo interpretar su arrebato.

—¿Y éste de aquí? —preguntó la chica señalando una parte de la portada.

Tras la angulosa silueta de Malena Quintero, se alargaba en el escenario un oscuro piano de cola frente al que se sentaba un hombre con traje negro, con la cabeza ladeada pero imposible de identificar, menos aún bajo los arañazos del cartón.

—¿Quién, el pianista? Ni idea —contesté sin importarme. Violeta sacó el disco con delicadeza y lo posó sobre el aparato.

—Bueno, allá va.

El plato comenzó a girar y la aguja fue surcando con suavidad las primeras pistas de vacío y pelusa. Ambos nos sentamos de rodillas en el suelo como dos colegiales nerviosos, yo más que ella. Y así estuvimos hasta que la pizarra dejó de chisporrotear en el silencio.

El trémulo rumor de un piano comenzó a desenredarse en una inquietante obertura llena de misterio y un enjambre de teclas que crecía y crecía hasta desgranar una cadencia más estable y reconocible que marcaba elegante el tempo de una guajira. Tras casi un minuto de preludio, un quejido se deslizó suavemente a través de las notas que trazaba el pianista entre dedos de terciopelo y enseguida el corazón de mi madre se le subía a la garganta para no abandonarla hasta el final de la canción.

Su voz hablaba del secreto que custodiaba una vida respirada a orillas del mar, de una playa llena de barcos bajo nubes de vainilla y de un arrecife de fachadas blancas y palacios de azulejo y cristal. El sustento de aquel paraíso era la voz de su protagonista,

una doncella que se había negado a entregar su alma a un hombre sin sombra cuyo recuerdo el mundo había sepultado largo tiempo atrás, y el cual, en represalia, había encontrado la manera de encerrar su canto en un pequeño disco como aquél que giraba en el gramófono. Y mientras la tierra se anegaba en sombras, él aguardaba con paciencia a que antes de acabar la balada ella le entregase su cuerpo y su alma para nunca separarse de su lado a cambio de devolverle al mundo la voz y la luz que necesitaba.

Cuando se acabó vi a Violeta disimulando que se enjugaba unas cuantas lágrimas.

—Es una canción preciosa pero también muy triste —dijo—. Aún así, su voz, creo haberla escuchado antes. No me hagas mucho caso, pero ahora creo que no me resulta del todo desconocida. Dime, ¿grabó alguna canción más?

—Al parecer no —contesté—. Según ella, no existen más copias de este disco.

—¿Cómo puede ser eso?

—Ella me habló de un almacén lleno de discos que se quemó. Pero no sé más.

—Me gustaría volver a escucharla otra vez, pero no ahora —aclaró.

De repente tuve la peor ocurrencia del mundo y al instante la conciencia se encargó de apuñalarme.

—Si quieres te lo presto —dije de inmediato, no queriendo romper la magia del momento—. Ya lo he escuchado muchas veces.

—No me gustaría que se perdiera, Martín.

Estaba rompiendo mi promesa de nunca desprenderme del disco pero aquello no contaba, estaba seguro. Se trataba de Violeta, y su cuarto estaba a dos pasos del mío.

—Confío en ti —añadí, pensando que eso mismo era lo que me había dicho mi madre—. Mi madre me dijo que un disco si no se escucha, no sirve para nada. Y yo no tengo donde escucharlo, pero tú sí.

—¡De acuerdo! Lo guardaré entre mis discos. Y siempre que quieras, podrás venir a escucharlo, ¿te parece?

—Me parece.

—Trato hecho entonces, y ahora, si no tienes inconveniente, vamos a escuchar algo más alegre —me anunció. Violeta sacó el disco de mi madre del gramófono y metió otro que tenía guardado. En la carpeta aparecía un tipo con gafas y una trompeta en la mano—. Dime, Martín, ¿te gusta el swing?

—¿El *suin*? No he escuchado esa palabra en mi vida.

—Pues presta atención. Es lo que está arrasando.

De repente una estampida de sonidos comenzó a salir de la bocina del gramófono dispuesta a atropellar a cualquiera que se le pusiera por delante.

—Vamos, ¡a bailar!

Violeta me llevó de la mano corriendo al centro del dormitorio y al instante comenzó a sacudirme de tal manera que a punto estuve de perder el cuello, los puntos y la razón. Prácticamente era un trompo entre sus brazos. Aquello era una locura, una locura contagiosa, deliciosa, sin pies ni cabeza. Las piernas a un lado, los brazos a otro, y las manos donde te apeteciera ponerlas, con unas inclinaciones al frente que a punto estuvieron de dejarme sin sentido.

—¡Déjate llevar! —me gritaba entre risas.

—¡Como lo haga no respondo de mí! —confesé.

Poco a poco fui cogiéndole el punto, dos taconazos atrás, uno a un lado y todas las vueltas que se nos ocurrieran, doblando el espinazo al compás de aquella trompeta que te taladraba a bocinazos. Fue increíble. Allí estaba yo bailando con la chica que me quitaba el sueño, cogido de su mano y deseando que alguien nos sorprendiera y convertirme en la envidia de toda la casa. Y así fue. Cuando la canción terminó se nos cortó la risa.

Al otro lado del dormitorio, junto a la puerta, mi tía Isabela nos observaba.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Isabela caminando en nuestra dirección.

Violeta bajó la cabeza y apretó los labios, sonrojada.

—Violeta, ¿por qué está Martín contigo en tu dormitorio? —quiso saber—. Dime, ¿por qué estáis a solas?

—Yo tengo la culpa, quería aprender a bailar —contesté por ella.

—Los dormitorios son para dormir, Martín, no para montar guateques —dijo.

—Pero eso ha sido después, sólo hemos subido para escuchar el disco de mamá.

—Tampoco me parece bien que te tomes esas libertades por tu parte. No sabes en qué situación me dejas frente a los demás —me recriminó—. Sabía de más que tener una chica en la misma planta que vosotros iba a ser un problema. No ha sido una buena idea desde luego traerte a esta casa, Violeta. Me lo temía desde el principio, sabía que algo así acabaría ocurriendo, si no esto algo peor. Afortunadamente no ha sido así.

Violeta dio un paso al frente y levantó la cabeza.

—Le prometo que no volverá a pasar, señora Vázquez —musitó—. Pero, por favor, no me echen de San Nicolás. Necesito el trabajo.

Isabela cogió aire y suspiró.

—Está bien, pase por esta vez, pero que no vuelva a ocurrir. No quiero que nadie esté solo con nadie en las habitaciones. Hay muchos ojos y lenguas que no puedo controlar y no me gustaría que nos cerrasen la casa por una chiquillada. O algo peor.

—Descuide, doña Isabela, no volverá a pasar.

Isabela me miró con la boca torcida.

—Vamos para abajo, hoy vas a ayudar en la cocina a Carmen. ¡Y sin rechistar!, que ya nos conocemos.

Resoplé como una ballena y salí de allí arrastrando los pies.

—Hasta luego, Violeta.

Isabela tiró de mí hasta la puerta. Antes de cerrarla eché un vistazo atrás y le lancé a Violeta una sonrisa furtiva. Al menos había merecido la pena. Salí de allí junto a Isabela dejando el disco de mi madre atrás y haciendo oídos sordos a su sermón, detrás de un corazón que se desparramaba escaleras abajo y con una promesa rota bajo el brazo.

Cuando después del almuerzo le conté a Sergio que la maldición de Violeta no había hecho más que comenzar, él se limitó a sonreírme con la misma lástima que sentiría cualquiera por un hermano pequeño empachado de mariposas.

—¿Y estuviste todo el rato bailando con ella? —preguntó Sergio.

—Todo el rato —contesté con una amplia sonrisa.

—¿Y hubo beso?

—Casi, casi.

—¿Y no te parece un poco mayor para ti?

Parecía que a todo el mundo se había puesto de acuerdo en decirme lo mismo.

—¿Tú también vas a venirme con ésas? —le recriminé.

—Es que no sé qué decirte, la verdad.

Lo dijo con sinceridad, jaloneando un cigarrillo en el mirador, perdido en aquella ciudad encalada que una vez también fue mía. Jamás pensé que algún día envidiaría aquella misma estampa.

—Ya se lo he dicho yo, Sergio —se entrometió Carlines, que de vez en cuando aprovechaba para robarle unas caladas—. Una buena aliviadilla ayuda a descargar una mente primaria de pensamientos tan complicados para el alma.

—Eres un filósofo, Carlines —bromeó Sergio arrebatándole el cigarrillo.

—¿Qué le voy a hacer? No todos tienen mi misma sensibilidad.

—Un trovador de la palabra es lo que eres tú —dije yo—. ¡Y no fumes más que te vas a quedar para limpiar zapatos!

—¡Bah!

Mi amigo refunfuñó algo incomprensible y siguió echando humo.

—Bueno, ¿no vas a decirme nada? —pregunté a Sergio.

—Pues sí, que nunca confundas la cortesía de una chica guapa con otra cosa.

—¿Y cómo puedo conseguir otra cosa?

—Haciéndole regalos desde luego que no.

Eso me dolió.

—No se puede malacostumbrar a una mujer. El día que les falte —y chasqueó con los dedos—, ¡a paseo! Te lo digo yo, hombre. Lo sé de buena tinta.

—¿Y tú por qué no tienes novia?

—La verdad es que no sabría qué hacer con una —rió.

—Pues lo mismo que haces con las demás, digo yo.

—Eso sería renunciar al resto, Martín —especificó—. Una sola mujer trae más problemas que muchas. Además, que no te puedes fiar de ninguna, hombre. De la única, la que te ha parido. Fíate de lo que yo te diga.

Miré al suelo más perdido que turco en la neblina.

—Es guapa, ¿verdad? —le dije.

—¿Violeta?, claro que sí. Mucho, demasiado. Algo así hubiese querido mi madre para mí.

—No me la irás a quitar, ¿verdad?

El aprendiz de abogado esbozó una mueca que me desorientó, de esas que se aprenden frente a un juez. Por un segundo no supe quién sonreía, el letrado o el amigo.

—Esas cosas ni se preguntan —zanjó.

Carlines me dio una palmada en el hombro, era hora de irse.

—Macho, vámonos, que se nos va a hacer tarde al final.

—¿Os han soltado la correa hoy?

—Sólo un rato, el tiempo de echar una meada y agarrar un buen hueso

—respondió Carlines.

—Yo creo que me voy a quedar al final —dije.

—¿Y eso? —preguntó Carlines.

—Voy a buscar a Violeta —contesté.

—¿Lo estás escuchando, Sergio? Está encoñado.

—¡Cállate, idiota!

—¡No, cállate tú! —me riñó el aprendiz de abogado—. Ahora mismo te estás yendo con tus amigos a dar un paseo.

—¿Por qué? —quise saber.

—Porque lo poquito gusta y lo mucho empalaga. Si vas detrás de una chica como un perro faldero al final te verá como eso mismo. Y los perros son babosos y están comidos de chinches.

—Pero...

—*Pero nada*, tú hazme caso a mí que de esto entiendo un rato.

—Está bien —dije a regañadientes.

—¡Venga, vamos! —tiró de mí Carlines— ¡Hasta luego, gringo!

—Nos vemos, Sergio... —susurré cabizbajo.

—¡Oye, tú, espera! —me cogió del brazo—. No me gusta verte así y menos por una chica, ya tendrás tiempo de amargarte con esas cosas. Cuanto antes te la quites de la cabeza, mejor. Si no es ésta, será otra, confía en mí. El mundo está lleno de chicas y todas tienen la raja en medio, ¿lo pillas o no? Cuando te hagas mayor te darás cuenta de que el problema de las mujeres es que son muchas. Y no le des más importancia a lo que te he dicho hoy. Anda, toma.

Un par de monedas cayó entre mis dedos como agua de mayo.

—Muchas gracias.

—Pásalo bien —me guiñó el ojo.

—Sabes, si pudiera elegir un hermano mayor serías tú.

—Eso lo dices porque no tienes a mano otro mejor —sonrió—. Ahora, lárgate con tus amigos.

Contra todo pronóstico, la presidencia decretó aquel sábado de «tarde libre» para todos. Quienes contábamos con más años que dedos en las manos podíamos salir a dar una vuelta y sin vigilancia, que era lo mejor, con la condición de que regresáramos antes de anochecer y que lo hiciéramos todos juntos. Ésas eran las normas y doña Ana sabía que las cumpliríamos de sobra. Ninguno de nosotros tenía un sitio mejor al que ir, por lo que, cada cierto tiempo, nos aflojaba la correa como bien había dicho Sergio. Cortesías de una liberal redomada que a su edad tenía a la vista de todos, amén del cuadro de su difunto Don Nicolás, un retrato del galán de moda Alfredo Mayo, lo mejor que había parido la factoría del nacional-catolicismo, aseguraba ella.

Carlines, otros tantos y yo decidimos hacer una batida por el centro. Todos menos Emilio. El pobre no había pegado ojo en toda la noche, algo que comió que no le debió sentar muy bien que digamos. Y es que Emilio, que se zampaba todo lo que pillaba, era capaz de tragarse un tonto lleno de mocos. ¡Dolor de cabeza decía él! Para nada. No había más que estar un rato a su lado para ver que andaba con los muelles flojos. Así que como no podía moverse sin despeinar a nadie se quedó guardando reposo, a la espera de que le contáramos alguna nueva batalla a la vuelta.

Pronto dejamos atrás el espectro de un palacio hechizado por el eco de sus propios pasillos. Abrigados hasta las orejas, rodamos cuesta abajo por el Paseo de los Naranjos hasta el Barrio Viejo. A la punta del atardecer, la vieja Onuba se balanceaba en una confusa acuarela de fuego y mercurio que se derretía a nuestro paso. Poco a poco noté los pulmones llenarse de nostalgia, algo mucho mejor que la atmósfera de pinos que atrin-

cheraba nuestro hogar. Olía a petróleo, a asfalto, a chimenea. Casi sentía que el corazón me daba un vuelco en el pecho. Nunca imaginé que algún día aquel olor pudiera ser tan dulce.

Al poco de reconciliarme con la libertad llegamos al corazón de la ciudad: la Plaza de las Monjas, punto de encuentro para niños y parejitas, anidado por un ejército de palomas con las que convenía llevarse bien y, desde hacía poco también, frecuentado por dos tritones sonrientes, los de la Fuente Magna, un plomizo mausoleo de piedra y agua que a alguien se le había ocurrido levantar allí mismo. Envuelto en ese halo de aplastante melancolía, había acabado por ensombrecer toda la plaza. Era tétrico, lúgubre, como aquel par de engendros que lo adornaban. Cada vez que pasaba por allí me los quedaba mirando, buscando en la expresión de su mirada aquello que tanta gracia les hacía. Nunca perdían su diabólica sonrisa, ni aunque diluviara. No mientras tuviesen enfrente el Banco de España y gente que aún pensara que se le había perdido algo allí dentro.

Con los primeros compases del bullicio apretamos la marcha. A la vuelta de la esquina quedaba el sueño de una metrópolis prometida: Calle Concepción. Ante nosotros se desparramaba una abarrotada retícula de luminosos y adoquines de color que vibraba al son de los *Topolino*, el último grito para fámulas modernas. Aquélla era una travesía de lanceros de chaqueta blanca y pajarita negra con bandeja de plata, de grupos de jóvenes que se robaban sonrisas al atardecer, de bigotes bañados en espuma de bar y cafeterías sembradas al abrigo de un pequeño atlas de gasógeno y tartana. Sí, pasear por Huelva era como viajar constantemente en el tiempo, pasado y presente fundidos bajo el crisol de sus cornisas, atrapados en el reflejo de un laberinto de escaparates.

Y si había uno que se llevara la palma, ése era el de Confitería Jorva. Tras su cristal, un edén de dulces disparaba los niveles de glucosa de sólo mirarlo. Las cabezas se amontonaban ante su expositor, conforme se iban marchando otras iban llegando, aplastando sus narices contra el cristal hasta empañarlos de emoción.

Enseguida Carlines formó un corro a su alrededor y fue pasando la mano esperando reunir un pequeño fondo con el que entrar en la pastelería.

—A ver, ¿quién no ha puesto? Aquí falta uno —pasó lista Carlines, y cuando dio con el interfecto, se arremangó—. Joselito...

—Yo no tengo nada —respondía éste con las manos en los pantalones.

—A ver si me comprendes, Joselito. No me seas agarrado que aquí todo quisqui va a poner de sus ahorros. Y tú todavía tienes que tener dinero hasta de la comunión. ¡Así que saca las manos!

—¡Que no, que tengo frío!

—Anda que también ibas a durar tú mucho en una película del Oeste con las manos ahí metidas —le recriminó, a punto de darle un pescozón.

—¡Anda ya! —bufó Joselito.

Como pudo, Carlines reunió diez reales, capital suficiente para entrar a por una bandeja de milhojas a repartir a partes iguales, menos Joselito, de quien quedó demostrado que era fiel devoto de la Virgen del Puño.

Viendo que la cola iba para largo, me entretuve en pasar revista a la calle entera. Y entonces le vi pasar.

Rivas ni siquiera se percató de aquel grupo de chavales a los que veía a diario. O quizás ni le importó. Estaba más pendiente de mirar hacia atrás que de tropezar con quien se le venía por delante. Una vez más, la escenita de la enfermería entre Rivas y Durán volvió a revolotear en mi cabeza, y eso sin olvidar la del visitante nocturno. A simple vista la de Rivas no era precisamente la imagen perfecta que suele ofrecer un sospechoso habitual. Aún así sentí el misterio salivar en mi boca.

Ahora o nunca, me dije. No tuve que pensármelo mucho. De inmediato me lancé tras él sin esperar a que me echaran en falta. Con una boca menos a repartir el botín de milhojas a nadie le importaría.

* * *

Desempolvé mis viejas nociones de cine de detectives y por primera vez me vi hecho un Bogart de pega, dispuesto a meterme donde no me llamaban. Seguí al pie de la letra el manual del perfecto sabueso: guardar una buena distancia con respecto al sospechoso, tener siempre a mano un portal en el que esconderme, un escaparate en el que disimular, y por supuesto, ofrecer la mejor cara de tonto en caso de ser descubierto. Por suerte encontré una buena espalda tras la que parapetarme, un tipo enorme que parecía salido de una jaula de circo y al que hubieran preparado para el siguiente número con traje a rayas y sombrero negro. Llevaba tanta prisa como yo, abriéndose camino con sus manazas a través de la marea de sombreros a contracorriente.

Se notaba que era el primer sábado sin lluvias. No cabía un solo alfiler. Tanta gente a la vez y sonriendo era casi un milagro. A fecha de 1947, Huelva no había conseguido despertar del todo de la pesadilla de plomo y pólvora que aún condenaba sus calles. El maleficio de brazaletes negros seguía tan de moda como las cartillas de racionamiento. Había heridas de bala por todos lados. Muros y fachadas daban fe de ello, despellejados

en su mayoría por viejos carteles de antes de la guerra que aún anunciaban bajo los jirones de otros nuevos el estreno de alguna película o la venta de un nuevo disco. El nombre agrietado de Norma Estrada, aquella actriz pelirroja que cuando cantaba por la radio me recordaba a mi madre, sobrevivía a través de las grietas, quizás en recuerdo de un tiempo en que se vivió mejor, cuando se miraba al futuro con la añorada ingenuidad de quien todavía no había aprendido a atarse los cordones.

El buen jardinero me tuvo sorteando de un lado a otro toda la carrera de la Concepción, a mí y al gorila trajeado que me servía de pantalla. Y así nos tuvo hasta llegar al templo que daba nombre a toda la calle. Para entonces mi socio, el armario empotrado, se desvió a un escaparate que poco casaba con perchas como la suya. *El lector audaz*, rezaba su rótulo. Tomos de narrativa, poesía y otros desmanes de la naturaleza humana se espachurraban tras el cristal. Más que un amante de los libros mi compinche tenía trazas de ser alérgico al polvo de librería, pero aún así mantuvo su nariz pegada al cristal durante un buen rato.

Rivas cruzó el dintel de la Concepción y como sombra que espoleaba sus talones me arrastré tras él. Una agradable penumbra revoloteaba en silencio por todo el edificio. Poca gente, no más que un par de beatas que le daban tarea al crucificado que tenían delante. Cada vez que veía uno se me caía el alma, me entraban ganas de ayudarlo a soltarse, a sabiendas de que podría cargarme toda la industria del misal. No me importaba. La cosa iba para dos mil años y, después de tanto, nadie le dejaba bajarse de allí.

El jardinero se sentó en uno de los bancos anteriores a las feligresas. Sin previo aviso, echó la vista atrás, temeroso. Me apreté contra una columna y poco faltó para llevarme por delante la pila de agua bendita. Por suerte, nadie le dio importancia al susto. Ni él ni las beatas, que no podían permitirse perder el ritmo del rosario mientras hacían punto. Ni dos minutos duró su examen de conciencia. Rivas echó una última ojeada atrás y rápidamente se escurrió por la salida lateral del templo. Parecía haber visto un fantasma. Fui tras él, pero no más allá del pórtico que había dejado atrás. Le vi callejear cuesta abajo, apretando el paso, en dirección a la turba. Dejé crecer la distancia antes de ir en su busca otra vez. ¿Qué era aquello que lo tenía tan excitado?

La respuesta llegó con un susurro masticado.

—Corre, corre, que ya te agarraré otro día, hijoputa.

Me di la vuelta y descubrí que el dueño de aquella voz vestía traje a rayas y sombrero de paño negro. Era aquel mismo armario empotrado que había dejado aparcado fuera, en un escaparate lleno de libros en el que jamás podría pasar desapercibido. Tenía las manos enormes y rocosas, el rostro apergaminado, los ojos pequeños como botones y lo que quedaba de su nariz, chata y escalonada, parecían los restos recogidos de un

cuadrilátero. Lo que venía siendo un tipo duro. Torcía la boca jugando con un palillo entre sus labios y daba la sensación de estar a punto de reventar el traje en el que lo habían encajado.

Cuando se cansó de despellejar la espalda de Rivas a los lejos reparó en mí.

—¿Qué miras, lagartija? —me escupió con insidia.

—Nada, señor —balbucí.

Luego se inclinó hasta que su aliento de búfalo me dejó frito el estómago.

—¿Quieres pasar la noche en un calabozo lleno de meados? Negué con la cabeza.

—¡Pues aire!

En cuanto reculé hacia la calle, el mamotreto dio media vuelta y rehízo el camino andado. Ya no parecía tener ganas de venderle nada a Rivas, el jardinero había sido más rápido. Aún así la cosa pintaba mal. Aquel bicharraco le seguía por algún motivo, eso estaba claro, lo que añadía un plus de peligrosidad al asunto, y como no tenía nada mejor que hacer, me dejé llevar por la curiosidad y salí de allí a uña de caballo detrás del jardinero.

La pista de Rivas me arrastró hasta el Cinema Saltés, un pequeño palacete de sueños en celuloide que empalidecía en un callejón de gatos cercano al desaparecido Arco de la Estrella. Antaño fue toda una referencia para cultuquetas y mariposones de tertulia, un ateneo que alternaba las últimas proyecciones de éxito con recitales de poesía, magia y cante. La vanidad de sus rótulos de neón y de su patio de butacas forrado en escarlata era un poderoso reclamo para todos los públicos, y a una hora prudente, el Saltés ofrecía a los picos más refinados otras variedades que escapaban al certificado de lo estrictamente magro.

Conocía bien el sitio, al menos de la última vez que recordaba haberlo pisado. Fue en enero de 1938, semanas antes de que mi padre se marchara a morir al extranjero, como él solía llamar a Barcelona. Con seis años me llevó a ver una doble sesión de *Currito de la Cruz* y *El lobo humano*. Aquella tarde, escondido en la esquina de la calle, aún podía verme llegar junto a mi padre al cine lloviendo a mares y parapetados en un raquítico paraguas bajo el que me libré de una tarde de arresto domiciliario. *El lobo humano* era mi primera película de monstruos y la taquillera le dijo a mi padre que yo era demasiado pequeño para verla, por lo que la empresa no se hacía responsable si empezaba a echar espuma por la boca.

De repente sentí una mano agarrarme por detrás.

—Macho, ¿qué haces aquí?

La voz de Carlines desbarató el espejismo de aquella tarde sobre una elegía de muros despellejados por la salmuera. Quedaba una marquesina algo descolorida y una cartelera hambrienta de novedades.

—Aquí fue la última vez que vine al cine con mi padre.

—No me digas que te ha entrado la morriña.

—Algo así.

Siete años habían pasado desde entonces y ahora daba pena mirarlo. El Saltés era

carne de piqueta: sus paredes se descamaban a pedazos, su rótulo de neón llevaba años sin abrir los ojos y los barrenderos parecían haberlo borrado a escobazos de su ruta. Aún así, y descalabros al margen, el cine parecía continuar en la brecha. Reposiciones de antiguas películas, de vaqueros para chavalines, y otras de amoríos para parejitas que no podían costearse un sitio mejor donde hacer manitas, lo ayudaban a mantener la cabeza fuera del agua.

En cuanto Rivas entró en el cine me acerqué a la ventanilla seguido por Carlines.

—Espero que no estés pensando en entrar —dijo.

—Por supuesto que sí.

—¡Por supuesto que no! —repuso—. Te recuerdo que para cenar hoy tenemos acelgas.

—¿Desde cuándo te gustan a ti las acelgas?

—Desde que el hijoputa ése de Durán llegó a la casa —resolvió—. Está deseando echarme el guante y, aunque no vuelve hasta el lunes, seguro que le ha pasado el expediente a las Cianuro. Así que hoy las acelgas me las como aunque me salgan por la orejas.

—Eres un gallina.

—Claro que sí, ¿te enseño los huevos?

En la taquilla esperaba la misma señora gorda que recordaba de años atrás. Había cosas que no cambiaban con los años. Allí estaba ella, con cara de estar oliendo a vinagre, armada con una lima de uñas y una verruga en el labio que parecía llevar toda la vida amargándose.

—Disculpe, señora, mi tío acaba de entrar ahora mismito. Tengo que darle un recado muy importante.

La mujer me observó impasible desde su tabernáculo, con una mirada capaz de desarmar a un cardenal.

—Claro que sí, encanto. Una peseta —rechistó.

—¿Qué tío tuyo ha entrado al cine? —preguntó Carlines levantando la liebre.

Le lancé a mi amigo una mirada de perdonavidas que me dolió hasta a mí. No había hecho más que llegar y ya empezaba a fastidiarme.

—Señora, por favor, se lo ruego —volví a la taquillera—, no tardo ni un minuto, es muy urgente, ¡es urgentísimo, nos va la vida en ello! Si me deja entrar, prometo rezarle todas las noches un *Jesusito de mi vida*.

—No me digas más, ¡qué buen muchacho! —ironizó más seca que un esparto.

—Sí, señora, estudio para ser cura —dije con frescura.

—Mira, niño, con espantaputas o sin él tendrás que abonar una peseta.

Con lo que tenía en el bolsillo no me alcanzaba ni para la primera media hora.

—Al menos dígame a cuál de éstas ha entrado —señalé los carteles del gran logro nacional ¡A mí la legión!, y la sempiterna *Currito de la Cruz*.

—A ninguna. Hoy toca cine mudo.

—¿Cine mudo?

—¿Qué pasa, también eres sordo? —ladró—. Los seminaristas con déficit de audición no tienen mucho futuro en un confesionario, muchacho. Y sí, cine mudo. Tenemos docenas de películas. ¿Algo más?

—Ves, una película para mariposones —saltó Carlines.

—Eso mismo pienso yo —dijo la taquillera—. Pero mi marido es un esteta de todo lo que huele a apollillado. Él es quien decide lo que se pone. Y aparte de fósil y mandón, maricón.

Carlines la miró de arriba abajo con la risa floja en los labios.

—Claro, mi *leidi*, visto lo visto, cruzar a la otra acera es lo mejor que podía hacer el hombre. Estas películas sólo les sirven a los misóginos de oído —respondió Carlines, siempre dispuesto a inventar una nueva palabreja.

—¿Qué dices niño, *miso-qué*?

—¡Misóginos de oído, señora!, dícese del que está hasta los huevos de escuchar a la parienta en casa.

Carlines me estaba poniendo de los nervios.

—Tienes un amigo muy rarito.

—Lo sé, pero me dan una paguita por darle cariño —contesté—; dígame, ¿viene mucha gente a ver esas películas? ¿No se aburren?

—Aquí siempre hay un músico que ameniza la proyección, el maestro Samper. No es la excelencia pero nos da el avío.

—¿El maestro Samper?

—Sí, niño, Christian Samper, un pianista, ¡a ver si voy a tener que explicártelo todo! —protestó.

Samper... Ese nombre me sonaba de algo, alguien que seguramente me lo había referido en algún momento. Samper...

—Bueno, ¿me deja entrar o no? —le insistí una vez más.

—Ya te he dicho que si tienes una peseta por supuesto, si no, ¡puerta! —gruñó.

Refunfuñé y busqué en mis bolsillos el par de monedas que me había soltado Sergio. Si no fuera por él ni telarañas tendría y aún así no era suficiente.

—Anda déjame algo de dinero —le pedí a Carlines.

—Otro día, compadre.

—¡Vamos, no seas rata! —le eché en cara.

—¡Mira, compadre, no puedes entrar ahí porque si lo haces vamos a cobrar todos por tu culpa y la verdad es que no me apetece que las Cianuro me inflen a collejas durante la noche! —argumentó—. Así que ya lo sabes, ni de noche ni por separado. O volvemos juntos o nos la cargamos.

Ésas eran las normas y había que respetarlas. Y cuando Carlines tenía razón, la tenía.

—¡Bueno, entráis o no! —dijo desesperada la taquillera.

—¡No se me altere, señora paquidermo, no se le vaya a salir el pespunte ése del labio! —le gritó Carlines.

—¡Canalla, te voy a sacar los ojos! ¡Sinvergüenza!

Sin previo aviso, un par de manos pesadas como plomo cayó sobre nosotros.

—A ver, ¿qué pasa aquí? —gruñó una voz tosca.

Al volverme me di de bruces con otro mamotreto similar al que había dejado atrás en la iglesia. Era clavado al anterior.

—¡Estos mocosos, señor Ortiz, que quieren entrar sin pagar! El tipo nos miró como si fuéramos chinchas.

—Eso es muy grave, muchachos, colarse sin pagar es como robar. Y con los ladrones no nos andamos con chiquitas, y menos con los gitanillos.

Eso último iba por Carlines, quien para entonces ya había perdido la voz.

—Señor, sólo quería entrar para darle un recado a un tío mío. Sólo eso. El tipo se inclinó sobre mí.

—¿Quieres que vuelva a repetírtelo, medio cuerpo?

—No, señor.

Decidí dejarlo ahí y no intentarlo más.

—Ya nos vamos, descuide.

El gigante se olvidó de nosotros y volvió a lo suyo. Le escuché preguntar cuánta gente había entrado en el cine y si había visto pasar un hombre de pelo y barba blanca. Ésa era la descripción de Rivas. La mujer le contestó que así era y luego entró sin pagar.

Cuando el tipo desapareció dentro fui directo a la taquillera, hecho una furia.

—Ese hombre no ha pagado su entrada y le ha dejado pasar, ¿por qué?

—El señor Ortiz es policía, guapo, de la secreta para más señas.

—¿De la secreta?, ¡tst!, será de los peores. Se le ve a kilómetros —arguyó Carlines.

—Y ese maestro Samper, ¿toca a menudo? —insistí.

—Creo que le vamos a tener una buena temporada por aquí, por lo menos hasta que mi marido quiera.

—Pobre panista —se apiadó Carlines—, va a aburrirse mucho a partir de ahora.

—Lo dudo —sonrió la mujer—. Las imágenes son lo de menos para él.

—¿Y eso por qué, guapa?

—El día que paguéis la entrada, lo comprenderéis. Ahora, ¡viento!

La taquillera echó el cierre a la ventanilla y me dejó en mitad de la calle con la compañía de mi irreverente colega.

—Bueno, ¿vas a decirme qué se te ha perdido a ti aquí?

Lo miré con la cara apretada.

—Vete a la mierda.

El resto del camino lo hice intentando no olvidar el nombre de Christian Samper.

El recuerdo de aquella tarde a las puertas del Cinema Saltés nunca llegó a evaporarse del todo en mi cabeza. Sí que lo hicieron las lluvias, calendario abajo hacia la primavera. Con el paso de los días el sol fue espantando las nubes hasta enterrar en su polvo de luz las cornisas de nuestra prisión, ese laberinto de sombras que hurgaban en nuestros sueños. Con el tiempo, mi peregrinaje al lugar donde descansaba Violeta se convirtió en un espectro más de la tétrica galería de corredores que poblaban la casa. Eso y el frasco de Varón Dandy que me empujaba cada noche para estar más presentable. No hubiera sido difícil seguirle la pista a aquel fugitivo nocturno que se escabullía unos metros más allá al nido de esperanzas que había trenzado en su cabeza, lo que me tenía las hormonas alborotadas.

—Macho, vaya bartolo que tienes en la frente. Últimamente te estás dando bien el lote tú solo —bromeaba Carlines con su habitual crueldad de patio de recreo.

Era su manera de intentar congraciarse conmigo. La escenita con la taquillera del Saltés nos había distanciado un tanto. Carlines era un bocazas y ésa era mi manera de hacerle ver cuánto me había molestado. Aún así no le retiré la palabra.

—Yo no hago nada de eso, peor eres tú —me defendí al segundo—. Tus sábanas son ya de cartón piedra.

—Di lo que quieras, pero como sigas así va a parecer que tienes la peste. Violeta empezará a saludarte a distancia y un día te devolverá el disco de tu madre por debajo de la puerta. Si es que te lo devuelve, claro.

—¿Qué quieres decir? —pregunté fastidiado.

—Martín, en esta vida hay dos clases de gilipollas: los que dejan las cosas y los que las devuelven. Y tú ya has dado el primer paso —sentenció—. A ver si me comprendes.

Perfectamente. Sin embargo yo mismo insistía en esconderme como un caracol en mi laberinto de ilusiones. Me engañaba a mí mismo alegando que los constantes reproches de mi amigo no eran más que producto de los celos.

—¡Tú lo que tienes es envidia!

—Sí, y tú un barrillo en la frente tan grande como ese ombligo que tienes — finalizó haciéndose invisible bajo la sábana—. Haznos un favor a todos, no hagas ruido al volver.

Una buena dosis de realidad nunca venía mal. Pero me dolía que fuese mi amigo el encargado de suministrármela. Sin embargo no era el único. Una de las veces fue la propia Doña Ana quien me sacó los colores.

—¿Por qué rondas últimamente el cuarto de los pequeños, Martín? No creo que se te haya perdido nada por allí —me soltó, dejándome claro que a su edad no se le escapaba una y que aún era lo suficientemente habilidosa para que nadie más supiese de asuntos que no eran de su incumbencia—. Si tu tía Isabela se enterase otra vez, a ti te iba a caer una buena y a esa pobre chica la tendría que echar de aquí.

—Usted me guardará el secreto, ¿verdad? —le rogué avergonzado.

—Por supuesto, pero no sé durante cuánto tiempo más podré ocultárselo

—me sonrió con lástima.

—Doña Ana... —le supliqué.

—Está bien, está bien, sólo déjame darte un consejo, y el mejor que alguien puede darte sobre una mujer, es otra: olvídate de Violeta — recomendó—. Ella no te mira de la misma manera que lo haces tú. Lo sabes de sobra, deja de engañarte, hijo. Si te empeñas en ver lo que no hay, sólo conseguirás hacerte daño a ti mismo.

—Aún así lo intentaré —insistí.

—Haz lo que quieras, pero hazlo con otra colonia —dijo negando con la cabeza—. Apesta a Varón Dandy.

A pesar de todo continué en mis trece y bien perfumado. Tras aquella primera excusa de escuchar el disco de mi madre en su gramófono, mi *affaire* con Violeta había dado paso con los días a un pequeño confesionario de medianoche para corazones solitarios en el punto más alto de la casa. En nuestras largas e immaculadas noches bajo las estrellas fui conociendo más a aquella chica que había pasado toda su vida entre monjas y que no conocía más carne que aquella que se compraba al peso. Aún así destilaba sensualidad por todos los poros de su piel.

—Sabes, sólo he besado a un chico en mi vida —me reconoció. Casi me atraganto con mi propia saliva. No supe qué contestar.

—Bueno, a dos —rebuscó en su cabeza timorata y coqueta—. ¿Y tú?

—Si te digo la verdad, no entiendo de hombres.

—Ya sabes a qué me refiero, tonto —sonrió.

Sólo había besado a un par. No eran muchos, pero quizás sí lo suficiente como para

haberla marcado. Y ahora la tenía tan cerca que podía soñarla despierto únicamente para mí. Sólo yo me veía con derecho a besarla. Nadie más.

—Si quieres puedo darte unas clases prácticas —me arriesgué.

Ella se volvió sorprendida, con la boca entreabierta.

—Podrías ser mi hermano pequeño —me ridiculizó.

Demasiada carnaza para tan poco anzuelo, pensé. Entonces ella resopló.

—Ya me advertió de esto el otro día Sergio.

—¿Sergio? —dije extrañado— ¿Qué te dijo Sergio? ¿Cuándo?

—El día que os dejaron salir Sergio vino a buscarme enfadado —comenzó a relatar—. Dijo que para él los chicos de San Nicolás eran como sus hermanos y que no permitiría que le hiciera daño a ninguno, que fuera comedia en el trato con todos vosotros y que no le creara falsas expectativas a ninguno. Ahora sé que se refería a ti.

El bueno de Sergio, valía su peso en oro.

—No sé de qué me hablas —disimulé.

—Por supuesto —consintió—. También vino a decirme que los mayores de la casa se habían apostado entre sí a ver con cuál de ellos caía primero.

Que el grupo de mayores la rondara no me sorprendía, pero que Sergio les hubiera delatado... Eso ya era otro cantar.

—Es todo un caballero, ¿no crees?

—¿Sergio? —pregunté extrañado, el único Sergio que conocía era ese mismo que nos narraba sus devaneos sexuales con secretarias, funcionarias y esposas aburridas.

—¿Quién si no? —dijo—. Después de eso me invitó a tomar un refresco, para aliviar tensiones, y no a un refresco cualquiera sino una Coca-Cola. Estuvimos un buen rato charlando, contándome lo mucho que os quería, especialmente a ti. Me dijo que te tiene mucho cariño, y que le partiría el corazón verte mal si era por mi culpa. Sabes, yo pensaba que era un chulo, pero desde el otro día, no sé. Sergio es un encanto.

Sentí la espalda fría como si me hubieran apuñalado por detrás. Vaya, vaya con Sergio. Ahora lo veía claro. Tipo listo mi querido aprendiz de abogado. El muy canalla me hizo hasta sonreír. Se había quitado de un manotazo a sus compinches de alcoba y ahora me estaba usando de ariete para poder meterse en las bragas de Violeta. Demasiado listo para mí.

—Mira, Martín, yo sólo quiero ser tu amiga, pero está visto que tú has entendido otra cosa —dijo—. Debí haber cortado por lo sano cuando empezaste a echarte esa colonia encima. Siento haberte confundido. Creo que lo mejor será que no volvamos a vernos de noche. Además, ya sabes que a tu tía no le haría mucha gracia y a mí podría costarme mi trabajo. Lo entiendes, ¿verdad?

Mi estómago comenzaba a llenarse de cristales rotos.

—Pero, Violeta, yo...

Un bostezo de plástico me interrumpió.

—Tengo sueño, Martín. Yo me voy a la cama ya, tanto Varón Dandy me ha dejado aplastada —sonrió.

—Pero...

—Hasta mañana, Martín —se despidió.

Violeta me dio la espalda y bajó los escalones para meterse en la cama. Ni siquiera me había dado un beso de buenas noches como ya era costumbre entre nosotros. No dije ni pío, estaba demasiado arrugado para hacerlo. ¡Maldito Sergio! Al menos mientras ella tuviera el disco de mi madre y un gramófono donde escucharlo siempre habría una puerta abierta, al menos una vez más. Me fui del minarete arrastrando los pies y mi orgullo sintiendo que podría llevarme el suelo bajo las uñas, y con ganas de dar un portazo que únicamente sonó en mi cabeza.

Una semana después de mi desengaño con Violeta se reveló la auténtica naturaleza de la bestia. Ocurrió durante la cena. Aquella noche la cocinera no tuvo otra salida que servir lo mismo que comimos en el almuerzo: lentejas. Una cuestión que iba más allá del ahorro en tiempos de escasez tenía toda la culpa. «Solidaridad entre los españoles en virtud de un reparto equitativo de víveres», decía ella, según había leído en los bandos municipales camino del Mercado del Carmen. En cristiano, que había que aguantarse, lo que por supuesto nos obligaba, en aras de la confraternidad, a no dejar ni migaja. Isabela y doña Ana nunca lo habrían permitido, pero su presencia fuera del hogar por causa de fuerza mayor no había dado lugar a improvisaciones por parte de la Carmen, quien a finales de mes exprimía la despensa como podía. Y sin más remedio, aquellos platos humeantes y caldosos a mediodía se convirtieron horas después en un barrizal pastoso que mareaba de sólo mirarlo incluso a los barquitos de pan duro.

—Vamos, chicos, comed. Cuanto menos miréis el plato mejor —nos ordenaba Durán, que no nos dejaba respirar ni a la hora de comer—. Ya sabéis lo que se dice: ojos que no ven....

Lengua que no siente. Así debía acabar su dicho, el que paseaba junto a nuestra mesa, su favorita.

—Anda que si se lo tuviera que tragar él... —musitó Carlines.

—No-no-no creo que pueda co-co-co-comérmelo —asumió Emilio, pálido como las paredes del comedor.

—Emilio, tienes que hacerlo, macho —dijo Carlines—. O eso o te la ganas.

No quisiera saber cómo se las gasta el tipo éste.

—No-no-no me... encuentro muy bien —se lamentó en un suspiro, casi sollozando—. Me han debido se-se-se-sentar mal las del almuerzo.

La tragedia empezaba a masearse. Se respiraba en el aire, lo notaba en la boca. Es-

taba allí mismo, a mi lado, en su plato, en la cuchara que le temblaba entre los dedos. Pobre Emilio. Y Durán... Durán estaba encantado con Emilio.

—No te preocupes. Martín y yo te vamos a ayudar a vaciar ese plato —dijo Carlines, mirándome—, ¿verdad, Martín?

Guante difícil de recoger el que me lanzaba ahora. No me hacía pizca de gracia tragarme mi plato cuanto menos el de otro. Y no sabía si lo hacía para fastidiarme o para ayudar realmente a Emilio.

—Por supuesto, para eso estamos los amigos, ¿no?

—Ves —le dijo a Emilio, a quien desde el principio había tomado bajo su protección—, ya te dije que Martín era de los nuestros. Siempre podremos contar con él.

Un frío abrasador me atravesó por dentro y supe enseguida que acababa de meter la pata. Como siempre, una vez más. Pero ahora era distinto. Se trataba de Carlines, mi amigo. Me había equivocado con él y mi recompensa era estar decepcionado conmigo mismo, como si la conciencia me hubiese apuñalado por la espalda. Así que por ellos valía la pena tragarse una vajilla entera llena de pegamento de lentejas.

—¿Preparado? —preguntó Carlines, con la cuchara lista en su mano.

—Preparado —contesté.

Hicimos de tripas corazón y comenzamos a dar sendas cucharadas furtivas al plato de Emilio, una al suyo, otra al nuestro y para dentro. Y así sucesivamente. Lo pasé francamente mal, estaban asquerosas. Como pude ahugué la fatiga, empujándola hacía bajo junto con las mismas lentejas que tragaba, sintiendo algún ligero atasco por momentos. Sin embargo la tranquilidad que ahora reflejaba el chico tartamudo bien lo merecía. Aunque no duró mucho.

—¿Qué coño está pasando aquí?

Durán nos había sorprendido metiendo la cuchara en el plato de Emilio. Y como era habitual, Carlines salió al rescate.

—Es que estamos muertos de hambre y como éste no tiene apenas apetito, pues...

—¡No te he preguntado a ti, gitano bocazas! —le cortó Durán—. ¿Por qué no comes tu plato, Emilio?

Las cucharas dejaron de sonar y el comedor entero enmudeció.

—No-no-no me-me-me encuentro bien, señor Durán. Además, no-no-no están... Buenas —consiguió decir.

—Muchacho, me da igual que no te encuentres bien o que no te guste la comida, hay mucha gente ahí fuera que no tiene qué llevarse a la boca y tú tienes suerte de poder comer cada día. Un plato de comida no se desprecia así por las buenas. Empieza a comer, ¡ya!

El niño levantó la barbilla del plato y le miró con ojos vidriosos.

—Por-por-por favor, no me encuentro bien...

Durán se inclinó entre Emilio y yo y le habló al oído.

—Empieza ya. Quiero ver cómo lo haces.

El rostro del chico se hizo jirones sobre el mantel, con la cuchara temblando entre sus dedos. No se podía hacer más, tan sólo esperar, a ver qué pasaba. Todo el comedor estaba esperando.

Tan pronto como Emilio llenó la cuchara y se la llevó a la boca, me quedé sin aire. En cuanto se la metió dentro y la tragó, sentí un inmenso alivio. El cuerpo entero se me relajó e incluso el resto del comedor volvió a lo suyo. Todo parecía volver a estar en orden. Pero sólo parecía: inmediatamente, la primera cucharada subió de su estómago tan pronto como había bajado y Emilio llenó de lentejas la mesa entera. Durán sabía que ocurriría y por eso no se movió de su lado. El chico vomitó lo que acababa de tragar y lo que aún guardaba en su estómago desde el mediodía. Las sillas cayeron en derredor, a su lado, nadie quería mancharse, pero aún así ninguno quería perderse el espectáculo. Y el olor era insoportable. Un golpe de fatiga me cruzó la garganta y me eché las manos a la boca para retenerlo.

Cuando pareció que Emilio no tenía más reservas en su estómago, Durán lo agarró de la coronilla con el mismo entusiasmo que habría mostrado en el campo de batalla.

—¡Muy bien, muchacho, ahora quiero que lo recojas todo!

Emilio, muerto de la vergüenza, hizo por levantarse en busca de algo con que limpiar aquel desastre. Durán se lo impidió.

—Creo que no me has entendido bien, Emilio, quiero que lo recojas con lo mismo con lo que lo has manchado todo.

Emilio le miró asustado. Aquello ya era demasiado. Durán asintió con la cabeza.

—Sí, Emilio, con la boca —confirmó—. Voy a quitarte las ganas de tartamudear para siempre. Vamos, ¡al suelo!

Emilio recogió la cuchara y se agachó sobre el charco.

—Por cierto —Durán giró en redondo y nos agarró a Carlines y a mí—, ¿no queríais las lentejas de vuestro amigo? Pues ahí las tenéis, ¡venga, a tragar las putas lentejas! No tengo toda la noche para vosotros.

El hedor ácido del estómago de Emilio me golpeó la nariz. Para cuando agarré la cuchara, presto a obedecer, el chico ya se había tragado la suya.

—Dios... —susurré asqueado.

Antes de seguir el ejemplo de Emilio eché un último vistazo a la grada. Vi a las

Cianuro en primera fila disfrutando, restregándose las manos, a los chicos del dormitorio, observando como siempre el mundo desde la barrera, y a los mayores rehuendo nuestras miradas. Ninguno de ellos dijo nada. Nadie iba a enemistarse con Durán por tres mocosos como nosotros, ni siquiera Sergio, quien me esquivaba desde hacía días, ni por supuesto Violeta. A ella fue la última persona que vi antes de hundir la cara en el vómito de Emilio mientras se llevaba los niños con prisa para arriba. Aquél no era un espectáculo apto para todos los públicos. Antes de salir de allí me miró lo suficiente para sentirme aún más humillado.

—¡Vamos, muchachos! —nos animaba Durán—. Dicen que la esperanza es lo último que se pierde, pero lo que nadie dice es que, cuando las cosas se ponen feas, la dignidad es la primera que te deja tirado.

Me observé en las pupilas de Carlines, con la cuchara llena de vómito, a punto de llevármelo a la boca.

—¡Venga, abrid bien la boca! ¡Decid: ahhhh...!

Un par de tacones hizo temblar toda la casa por el pasillo. Jamás me había alegrado tanto de escucharlos.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —aulló furiosa Isabela al entrar en el comedor.

Durán la miró tensando en silencio entre sus dientes una sonrisa que se podía romper en cualquier momento.

—Les estaba haciendo comprender la importancia de no despreciar un plato de comida, señora Vázquez.

—¡Creí que a esta hora usted ya había terminado su jornada!

—Yo nunca descanso, Isabela.

Isabela nos miró, desencajada.

—¡Vamos, niños, en pie! —nos ordenó, ignorando su comentario—. Id a los servicios a limpiarlos enseguida. Y de ahí a la cama.

—Estos chicos necesitan disciplina. No saben agradecer lo que se hace por ellos. Ninguno de ustedes —concretó—. Nadie en esta puta ciudad puede imaginarse las penurias que hemos pasado muchos hombres para que ustedes puedan seguir con sus ridículas vidas.

Isabela giró sobre sus tacones y se plantó a dos palmos de Durán.

—¡Esto es una casa de niños huérfanos, señor Durán, no es el ejército!

—¿Acaso quiere decirme algo, señora mía?

—Lo que quiero decirle es que ya me he cansado de sus métodos. No es ésta precisamente la idea que tengo yo de formar a los ciudadanos del futuro —le espetó señalan-

do la estampa que formábamos los tres—. Le recuerdo que la guerra se acabó hace mucho, y usted es de los que la ganó. ¿No se contenta con eso?

Durán dio un paso hacia adelante y el rostro de Isabela se ablandó.

—Isabela... —le susurró sibilino al igual que un gato que disfrutara con un pajarillo entre sus garras— las guerras se ganan o se pierden, pero nunca se acaban.

—Voy a hacer todo lo posible porque salga usted de esta casa. Puede estar seguro.

—Nadie puede hacer eso, querida —dijo Durán—. No hasta que acabe lo que he venido a hacer. Y hasta entonces, no abandonaré San Nicolás.

—¿De qué está hablando, Durán?

—Lo sabrá cuando llegue el momento. Ahora, si me permite...

Isabela dio un paso atrás y el vigilante salió del comedor. Su pecho subía y bajaba con estrépito, como si su corazón apenas le diese tiempo a bombear la furia y la impotencia que la embargaban. Jamás antes la vi así. Ni tan siquiera después.

—¡Quiero a todo el mundo en sus camas! —chilló a los que aún quedaban allí—. ¡Ya!

Los muchachos obedecieron y abandonaron el lugar entre murmullos, cabizbajos; después, Isabela pareció tranquilizarse. Le llevó unos cuantos segundos, y tras estos se acercó a nuestro lado sacándose algo del bolsillo. Era un pañuelo que olía a colonia. Bendito olor. Con él nos limpió la cara, la boca y nuestro orgullo.

—Vamos, niños, id a limpiaros —nos musitó, ya no le quedaban fuerzas después de aquello—. Mañana será otro día.

Fuera del comedor, la casa entera había enmudecido. En cuestión de segundos cualquier rastro de vida ya se había evaporado escaleras arriba y ahora los pasillos eran presa del silencio.

—Martín —me llamó Isabela—, ve a lavarte y baja enseguida a verme. Tenemos que hablar.

Su semblante era lívido, severo.

—¿Pasa algo?

Isabela asintió tragando saliva.

—No tardes, Martín —insistió.

—Sí, señora.

Obedecí la orden y seguí a Carlines y Emilio escaleras arriba. Pero antes de pisar el primer escalón una voz a mi espalda tiró de mí.

—¡Martín!

No hizo falta volverme para saber quién era. Llevaba dos años sin escucharle, dos años en los que le pedí a Dios, día tras día, que ella se recuperara y que él desapareciera

de nuestra vida para siempre. Y sin embargo fue la muerte quien volvió a ponerlo en mi camino.

Cuando me giré, Julián aún jadeaba.

—Te dije que volvería cuando tuviera noticias de tu madre —y tragó saliva—. Bien, aquí estoy.

No dijo más. Tampoco Isabela, cabizbaja, ni doña Ana a su lado, llorando. Sentí las rodillas blandas y los tobillos fríos, y un intenso hormigueo despertarse en la punta de cada dedo. Me senté en el primer escalón, devorado por el vértigo, muerto de frío. Cerré los ojos y me hundí en un oscuro pozo con el deseo de no volver a ver más la luz del día. En el momento en que los abriera ya sabría que todo estaba perdido.

Malena Quintero fue enterrada una resplandeciente mañana de primavera que a ella le hubiera gustado ver. De alguna manera lo había predicho. Me dijo que saldría del hospital por esa fecha y así había sido. Ocurrió a finales de marzo. El sol barría la niebla del Cementerio de la Soledad entre trincheras de lápidas perdidas en dorada fuga. Los pájaros rondaban las tumbas en busca de las últimas gotas de rocío y el resto del cementerio, enterrado en vida, reposaba en un silencio sepulcral que olía a hierba recién cortada. Doña Ana, la Carmen, Carlines, Emilio, y un par de mecánicos bien perfumados de aguardiente, nos acompañaron a Julián, Isabela y a mí en el último adiós a mi madre. El padre Casto se prestó a velar sus exequias.

—... polvo eres, y en polvo te convertirás, dijo el Señor...

El rumor de la primavera se tragaba sus palabras tierra adentro, a través de calles de túmulos y cipreses que velaban el sueño de los muertos. Aquí se acababa todo y ésa era la única verdad. Mi madre lo sabía, estaba seguro de ello, y durante meses me lo ocultó, rehén de un cuerpo que tenía fecha de caducidad. Ahora le tocaba descansar.

—... y quien crea en mí, no morirá. Amén —concluyó el cura.

—Amén —repetimos aliviados.

Los primeros en marcharse fueron los dos mecánicos, con una mano trasladándome sus condolencias y con la otra agarrando la botella que luego fueron chupeteando camino de la salida. Don Casto me dio un abrazo y luego les anunció a mis amigos, a quienes se había traído en coche por caridad cristiana junto a la Carmen, que ya era hora de marcharse y que de clase de matemáticas, por mucho que él lo sintiese, no se iban a librar.

—Ya sabía yo que no caería esa breva —añadió Carlines—. En fin, vámonos, que aquí se está muy bien pero algo me dice que el que entra repite.

Los mejores amigos siempre estaban en los peores momentos para hacerte sonreír. Carlines era la prueba fehaciente de ello.

—Gracias por venir —le dije, agradeciéndole un abrazo.

—Las gracias se las das a los frailes, para lo demás estamos los amigos.

Tras él se acercó Emilio, callado, con miedo a no saber qué decir, o quizás a decirlo mal. El pobre ni siquiera había tenido la oportunidad de recomponerse de la noche anterior y allí estaba acompañándome en el lugar más inhóspito del planeta. Su mirada de repente me pareció sabia, la de quien había conocido demasiado pronto el valor de la ausencia. «Tiempo», me decía con los ojos, «tiempo». Ésa era la cura al dolor que me embargaba, a sabiendas de que si algo no tenía aquel mecanismo invisible que giraba sin tregua hacia adelante era prisa por arreglar las cosas.

—Nos vemos en la casa —se despidió Carlines tomando del hombro a Emilio.

Doña Ana e Isabela hicieron lo propio y se marcharon con ellos en el coche del mosén.

—No tardes —me dijo Isabela, con una sonrisa lastimosa que le arrugaba la boca y los ojos.

—Descuida —contesté.

Cuando se marcharon sólo quedamos Julián, el enterrador y yo. Julián había permanecido impassible todo el ofertorio como si no fuera con él la cosa. No me sorprendió. Y mucho menos me interesó. Hacía años que había dejado de ser el hombre que perseguía a mi madre en presencia de mi padre y luego, hasta ayer, quien había decidido despreciarla por los pasillos de casa. Aquella mañana tan sólo era uno más presentando sus respetos a la difunta. Pero nadie más.

—Pueden hacer una última ofrenda —dijo el sepulturero—, pero rapidito, que no tengo todo el día para ustedes.

Arrojé las flores sobre el ataúd que había costado doña Ana y, con la tristeza de no poder ofrecerles algo más, contemplé el trabajo del enterrador. Un viento helado me agarró a traición y me susurró al oído que aquel no era lugar para los vivos.

En cuanto el sepulturero acabó con su cometido abandonamos la tumba de mi madre y el Cementerio de la Soledad volvió a encontrarle la gracia a su nombre.

* * *

Antes de regresar a San Nicolás, rehíce el camino que tantas veces había tomado a la vuelta del colegio. A las once de la mañana el Paseo de Santa Fe se dejaba salpicar del polvo de luz que resbalaba de los tejados, fundiendo entre cornisas el nuevo día so-

bre sus baldosas de onza de chocolate. Una mujer embarazada y un niño pequeño juguetaban en un banco bajo el baño de sol. Pensé en mi madre y en mí, jugando en casa, en otra casa, la nuestra, esperando a que, de un momento a otro, un día de aquéllos, mi padre regresara. Ahora sé que sólo me entretenía, que mi padre nunca más volvería a entrar por aquella puerta, la que meses después dejaríamos atrás para marcharnos con Julián. Deseé que aquel niño nunca tuviera que vivir lo que yo. No podía dejar de mirarlos, ensimismado. En cuanto su madre levantó la vista y me vio observándolos, tomó al niño y se alejaron de allí.

Antes de subir a casa de Julián decidí que aquélla sería la última vez que la pisaría. Nunca fue un hogar, tan sólo un refugio, un lugar en el que sobrevivir.

—Esto es todo —dijo con desinterés—. No hay más.

Julián almacenaba en una caja de cartón los restos de mi madre. Cuanto me quedaba de ella estaba ahí mismo. Irónico, ¿verdad? Al final de la vida todo cabía en una caja, ya fuera pino o cartón. Menudo invento. Y a eso había quedado reducida ella, a una caja llena de trastos de la que Julián quería deshacerse ahora. La estaba echando de su casa, a mi madre. Y a mí. A los dos. Quise odiarle, pero por más que rebusqué en mi interior no encontré a qué agarrarme.

—Gracias —fue lo único que me salió.

Aquella caja era el resumen de toda una vida, y aunque no era ni muy grande ni muy pesada, su ausencia era lo que más difícil la hacía cargar con ella.

—He hablado con tu tía. Seguirás con ella en el hogar. Yo no puedo ofrecerte otra cosa, ya lo sabes.

—Tranquilo, era lo único para lo que estaba preparado.

No hice siquiera por mirarlo. Me limité a sentarme en el suelo y a hurgar sin prisas en el pequeño botín que ahora tenía entre mis manos. Para mí sus palabras no eran más que garabatos en el aire que se escapaban por la ventana.

Dentro de la caja había casi de todo: un encendedor Omega de mi padre, un frasco de colonia, fotos viejas, un ejemplar de *Lo que el viento se llevó* y un fajo de cartas agrietadas. Era la correspondencia que Malena Quintero había mantenido con Salvador Vázquez, su marido. Mi padre. Y las había guardado allí durante todos estos años, en secreto.

Alcé la vista y miré a Julián.

—No las he mirado, si es lo que quieres saber. Tu madre preparó esa caja días antes de ingresar en el hospital. Nunca me interesó husmear en un pasado que ya conocía.

Un pasado que sólo nos pertenecía a nosotros. Nadie tenía derecho a meter las manos ahí, él menos que nadie.

—No quiero meterte prisa, Martín, pero le prometí a tu tía que estarías de vuelta para el almuerzo.

—Dame un minuto, ¿quieres? Allí hay demasiada gente para tener un poco de intimidad.

Julián salió de allí y me dejó a solas sentado en el suelo, manoseando recuerdos en silencio. La mayoría eran fotos de mis padres junto a un niño pequeño, un niño que en cada foto se iba pareciendo un poco más al muchacho que ahora las ojeaba; luego, había otro puñado en el que mi madre posaba junto a otras dos muchachas. Reconocí a una de ellas al instante, una pelirroja por la que cualquier hombre habría perdido la razón y, si hubiese hecho falta, un brazo: Norma Estrada. Curioso... Había varias fotos de ambas y, en casi todas, la vedette le pasaba el brazo por encima a una joven Malena Quintero, como quien amadrina un talento en alza. Mi madre aún era una chiquilla y ella toda una estrella. Ignoraba el alcance de aquella amistad de la que nunca me había hablado. La gran Norma Estrada. Y parecían muy amigas; la tercera chica tampoco era del montón, una belleza rubia de las que no tenían su cepa aquí, de mirada angulosa y rasgos afilados, del este, guapísima, de ésas que sólo se veían en las películas gánsteres.

Dejé las fotos y abrí el frasco de perfume. Enseguida el olor a verano ahogó mis pulmones: azahar. Era la esencia que respiraba la piel de mi madre, la que impregnaba toda la casa a su paso, la misma que habíamos saboreado tres hombres entre sus brazos y que suavemente me tensaba un nudo en la garganta. Inmediatamente cerré el frasco. Su dulce recuerdo era como una bendición envuelta en veneno, tan mortífera como el propio láudano que no convenía administrarlo en grandes dosis; al fondo, un fajo de cartas atadas a un cordel. El matasellos era muy variado: Sevilla, Toledo, Zaragoza, Barcelona... Todas ellas firmadas de puño y letra de Salvador Vázquez, mi padre. Las fui repasando una a una, con curiosidad, por saber hasta qué rincones de este maldito país lo habrían arrastrado los vientos de aquella guerra mientras él redactaba la crónica de su propia muerte.

El último sobre era distinto al resto. Estaba datado de ese mismo año, de febrero de 1947. Se trataba de un sobre mayor a los anteriores, de distinto gramaje y porte, y remachado al dorso con un lacre rojo. El sello encerraba en su interior unas formas que no me eran del todo desconocidas, algo muy similar a lo que ya había visto en alguna parte de la ciudad, posiblemente en una fuente. Un tritón.



Sí, eso debía ser, tenía la forma de una de aquellas gárgolas llamadas tritones que habitaban en la noria de agua de los ingleses, aquí en rojo lacre, como un diablo sonriente y burlón. Aparte de ello, y para mi sorpresa, el sello de pasta había sido despegado del sobre sin causar rotura alguna y, por tanto, su contenido al descubierto. Eso me sonaba a inspección postal. Atravesé el tabique que me separaba de Julián con una mirada que lo habría pulverizado. Furioso quebranté la intimidad de mi madre.

Querida amiga,

Espero que para cuando lea esta carta ya se encuentre plenamente recuperada y en casa. He sabido en estos días que su estado de salud ha mejorado bastante. Nunca me fue desconocido su pensamiento de ingresar en un sanatorio para curarse de la terrible enfermedad que la ha estado devorando en estos últimos dos años. Ya sabe que soy un hombre de recursos. Tengo mis contactos y gracias a éstos he sido puntualmente informado de su situación.

Si he entendido bien, y no surge ningún contratiempo, su alta se ha programado para la primavera, una fecha conveniente para la plena recuperación de sus facultades vitales, según los médicos, con lo que será una satisfacción reencontrarme con usted y reanudar nuestras conversaciones. Ahora unos asuntos fuera de la ciudad reclaman mi atención y durante una buena temporada estaré ausente. No obstante, espero retomar en breve con usted los pormenores para la adquisición de El rastro de su voz.

Si usted está dispuesta a cerrar un trato conmigo, la esperaré en La Milagrosa durante la vigilia de la Pascua de Resurrección. Si mis cálculos son correctos, el próximo 4 de abril del presente. Estará de acuerdo conmigo en que allí nadie nos podrá molestar.

Confío en su mejoría y en que el destino nos reúna con prontitud.

Atentamente, su más ferviente admirador,

Sebastián Morell.

La Pascua de Resurrección estaba al caer y ella ya no acudiría a la cita. Posiblemente aquel tipo posiblemente no supiera nada, alguien de quien ella misma me había prevenido: Sebastián Morell. El misterioso Sebastián Morell.

—Según cuentan, el mismo Diablo... —recordé en un susurro las palabras de mi madre— Objetos únicos...

De repente la sombra de Julián me mordió los pies.

—¡Ya he terminado! —exclamé como si me hubieran pillado haciendo algo malo, guardándome de inmediato a la espalda aquella carta que él también había leído.

Él me miró incrédulo.

—Oye, he perdido un disco de vista, el disco de tu madre. ¿Sabes dónde puede estar? Me gustaría tanto volver a escucharlo...

El disco de mi madre, mi disco, al que se refería aquella carta que estrujaba furiosa mi mano, la que ya había sido abierta. Canalla.

—¿Te ha entrado morriña, Julián?

—Muchacho, es la última vez que empleas conmigo ese tono.

Y justo cuando Julián se abalanza sobre mí con el puño en alto, la cerradura de la entrada crujió a mi espalda y enseguida sentí la puñalada. Hubiese preferido un puñetazo. Una mujer embarazada y un niño se recortaban bajo la puerta.

—¡Os dije que esperarais fuera a que se marchase! —les recriminó Julián a los recién llegados.

—Lo siento —se disculpó la mujer—, pero es que me dolía tanto la espalda...

Eran la misma mujer y el mismo niño que minutos antes habían salido espantados del banco de abajo al vernos llegar. Era la estocada que me faltaba. Sin mediar palabra, lo volví a meter todo en la caja y me levanté aprovechando que la puerta seguía abierta.

—¿Quién eres? —preguntó el niño.

—Uno que se va —respondí abriéndome paso entre ellos.

Vi el reproche a la mujer en el rostro de Julián, y al mismo tiempo la vergüenza en sus ojos al verse descubierto por un niño de trece años.

—Martín, espera. Deja que... —se ofreció de repente, delante de ella, a ayudarme.

Me zafé de su intento de amabilidad con tanta violencia que apunto estuve de perder el contacto con la caja. Luego me volví, la nariz arrugada y apretando una mirada con la que se podría reducir a cualquiera a una simple partícula de polvo.

—Nunca me has hecho falta, Julián.

Crucé el umbral y sentí su mano en mi hombro. Me deshice de ella con rapidez, asqueado.

—Oye, Martín, ese disco... ¿Sabes dónde puede estar? —insistió una vez más.

Giré sobre mis talones y me encontré a un hombre amargado, el mismo hombre que se había enamorado de mi madre y luego la había repudiado por no poder darle hijos como el que llevaba aquella otra mujer en su vientre. Ahora sabía que Julián no había

perdido el tiempo. Se lo había hecho perder a mi madre, y encima ahora quería cobrarlo. Jamás se lo perdonaría. A pesar de ello no fui cruel, no más de lo que se merecía.

—Julián, vete a la mierda.

El portazo cerró con él una etapa que sabía a poco menos que nada. Para cuando salí al mundo no reconocí en sus calles a la ciudad que me había visto nacer. Tan sólo el camino que me llevaba de vuelta al único lugar al que podía regresar.

Durante días conté como siglos las horas que restaban a mi encuentro con Sebastián Morell, ese cabo suelto que de repente desbarataba el tapiz de mi vida y me dejaba con los pies al aire. Un personaje igual de misterioso que el disco que deseaba poseer. Si había una razón convincente para ello, dudo que mi madre no la supiera. Que no me lo contara era harina de otro costal. Ahora tocaba buscar respuestas y llegado el día acudí a la única persona que podría ayudarme.

—Necesito un favor, Carlines.

—¿Qué se le ofrece a *vuesas* mercedes?

—Que bajes conmigo esta noche al centro.

Tardó unos segundos en repasar su apretada agenda antes de contestar.

—Eso está hecho.

—Ahora no puedo decirte más, pero pase lo que pase esta noche, eres el único en quien puedo confiar.

—Cuenta conmigo, conozco a alguien que puede ayudarnos.

Ese alguien era Abundio, pelota y chivato oficial de la casa. Era el chico de los recados, el encargado de llamar a filas, de dar instrucciones cuando Durán lo ordenaba, de abrir y cerrar las aulas cada día, y el primero en comer en cada turno. Según las malas lenguas, mantenía un idilio de índole escatológica con unos cromos de la liga que un hermano mayor le había traído de Madrid por reyes. Y los guardaba con tanto celo como la copia de la llave de la misma enfermería donde Rivas había improvisado su pequeño laboratorio de botánica.

Cuando llegó la hora de dormir nos escurrimos hasta su litera con un Carlines fingiendo, como salvoconducto, sulfúricos dolores de barriga.

—¡Abundi, estoy fatal de lo mío! Necesito entrar en el botiquín, macho.

—¡Pues te aguantas! Yo no voy a acompañarte, que tengo sueño.

—Si pudiera aguantar no vendría a molestarte. ¡Además, aún me debes medio bollo

de crema desde hace dos semanas! Anda, porfa, no seas de tu pueblo.

—¡Te he dicho que no! La última vez hiciste una buena limpia de aspirinas que vendiste luego en la Calle Enmedio. Y encima me llevé la bronca de la tía de éste —eso iba por mí—. Así que no insistas o me chivo.

—Abundi, no me obligues a utilizar armamento pesado que ya sabes cómo me las gasto después de comer acelgas.

—Menos lobos que eso fue ayer.

—Como quiera. ¡Que conste que he querido ser bueno! —amenazó.

Si el infierno olía a eso, yo no quería formar parte de él por mucho que mi amigo dijera que no había mejor sitio donde uno pudiera dar con sus huesos por toda la eternidad. Y es que Carlines se había tomado muy en serio aquellos que Don Casto dijo una vez en misa, que en el infierno solo había sitio para los músicos, los borrachos y las cabareteras.

—¡Qué asco! —se quejó Abundio.

—Pues ésa sólo era la obertura. Prepárate ahora —amenazó.

—¡Tú ganas, me rindo! Toma la llave.

En menos de cinco minutos nos plantamos delante de la puerta de la enfermería. Con la maestría de un gato, Carlines abrió la cerradura sin hacer el menor ruido. Verle trabajar con guante blanco hacía que mereciera la pena que te cogieran con las manos en la masa. Sin pillada no había reconocimiento. Carlines a esa edad ya tenía galones de sobra, en eso y en la fama que le perseguía de que se le quedaban las cosas pegadas a las manos, como una nueva cajita de aspirinas que le vi trincar.

—El cine está muy caro últimamente, macho —argumentó sin mi aprobación.

Antes de escaparnos, y sin haberlo previsto en un principio, mi mente elucubró una insensatez de última hora. Fui directo al cajón de la mesa de Rivas, allí donde guardaba su pistola, la misma que no necesitaba de munición para espantar hienas. Abrí el cajón y la agarré.

—Por si acaso —me aventuré a decir, escondiéndola por dentro del pantalón.

—Cuidado con eso no te vayas a desgraciar para toda la vida.

Junto a la pistola estaba aquella carpeta llena de papeles y fotografías que Durán había descubierto semanas atrás.

—«Werner» —leí en la penumbra.

—¿Qué estás haciendo?

—Un momento.

Saqué las fotografías y los recortes de prensa de su interior y una vez más, ahora de cerca, contemplé aquellos retratos de ancianos que miraban a la cámara. Lo hacían con

una tristeza inusitada, con una expresión tan sombría que le partiría el alma a cualquiera. No pude seguir mirando. Aparté las fotografías y me concentré en los extractos de periódico. El nombre de Werner estaba subrayado por todas partes. Durán tenía razón. Así era; no obstante, por más que forzara la vista no entendía absolutamente nada de lo que ponía allí. Nada. Lo que no había dicho el vigilante era que aquellos textos estaban escritos en inglés. ¿Qué significaba todo eso?

—¡Venga, vamos! —me apremió Carlines.

Volví a meterlo todo en su sitio y, en un tris, la noche nos engulló en su vórtice azul.

Caminamos de puntillas sin arrastrar los pies en ningún momento, saltamos la tapia dejándonos parte de las rodillas en ella y echamos a rodar cuesta abajo hasta San Pedro. La plaza entera olía a incienso. Era viernes santo y de las fauces del templo emergía una siniestra canina armada con una guadaña y una sonrisa triunfante. Tan sólo cuatro gatos habían ido a presentar sus respetos a La Muerte a la puerta de su casa. Y poco más, quizás porque a nadie le gustaba que le recordasen que la vida sólo es cuestión de tiempo; más abajo, ni un alma asomaba por doquier. De vez en cuando la figura de un sereno se recortaba tiritante al contraluz de las farolas como una gárgola en la noche de jazmín, perfume que nos empujó bajo una diadema de estrellas hasta la afilada fachada de La Milagrosa.

Cuando llegué a su puerta ya no tenía tanta prisa por entrar. Estaba muerto de miedo. Lo que me esperaba al otro lado de aquel arrecife de geometría imposible era todo un misterio. La Milagrosa era un delirio catedralicio abandonado a su suerte tras la barbarie de la guerra y ahora sólo servía para dar sermón a las sombras.

—Bueno, pues ya estamos. ¿Cómo lo hacemos? —preguntó ávido de acción mi amigo.

—Creo que lo mejor es que me esperes escondido en los primeros bancos

—dije—. Primero entro yo, y en cuanto escuches a alguien más, te cueles. Pero no te dejes ver.

—Como un gato.

—Eso es —corroboré—. Bueno, hasta dentro de un rato.

—Suerte.

Empujé el portón hacia dentro junto con un puñado de años de abandono y soledad gritando desde el interior de sus bisagras. Dejé la puerta entreabierta para que después entrara mi amigo y me escurri entre tinieblas hacia un lugar que no existía para el tiempo. Una turbia penumbra teñía de azul toda la capilla. Una lengua de espumosa niebla relamía un suelo poblado de ángeles en ruina. Y agujereando su silencio, una voz polvo-

riente que me hizo temblar de la cabeza a los pies.

—¿Eres quién creo que eres?

Y entonces los fantasmas vinieron a mi encuentro.

* * *

Tras mi primera toma de contacto con Morell, lo siguiente era recuperar el disco. Visto lo visto con Violeta, que me devolviera aquella valiosa pertenencia no iba a empeorar las cosas. Tampoco podía permitir que el disco cayera en manos de cualquiera. Aún tenía una promesa que cumplir.

De modo que, mientras Carlines buscaba consuelo en la almohada tras toparse de bruces con el coleccionista de objetos únicos, yo crucé el pasillo hasta la puerta del dormitorio infantil, allí donde tenía su pequeño apartado Violeta. Llamé con suavidad pero con decisión. Nadie contestó. En su lugar, el viento me trajo unos murmullos procedentes del minarete. Allá arriba había alguien. Más de una persona. Insistí en la puerta del dormitorio sin más respuesta que el silencio que respiraba tras la hoja de madera. Abrí con cuidado y entré.

Atravesé de puntillas el pasillo de camas como un ladrón en la noche. Todos dormían como troncos, todos excepto Violeta. Su cama estaba vacía. Aún así había dejado la lámpara encendida como buena samaritana. Aquello tenía un nombre clínico: miedo a la oscuridad. Acostumbraba a hacerlo desde el primer día para que ningún niño se asustara ni la despertara en mitad de la noche. Cuando llegué a su cama toqué las sábanas. Estaban frías.

—¿Dónde estás, Violeta? —susurré.

Donde fuera ya no era de mi incumbencia, pero la falta de aire me decía lo contrario. Decidí centrarme y busqué mi disco en el cajón que guardaba junto al tocata. Allí estaba. Lo tomé en mis manos y sentí un inmenso alivio como quien abraza un rostro amigo después de un mal sueño. Antes de salir le eché una ojeada a la portada y de repente un recuerdo cercano me estalló en la cara, el recuerdo de una tarde persiguiendo a Rivas por las calles, el recuerdo de un nombre, el mismo nombre que ahora y desde siempre había estado allí impreso junto al de mi madre: Christian Samper, el pianista que también ponía música a viejas películas mudas en el Cinema Saltés. ¡Qué torpe había sido!, por eso me sonaba su nombre. Nadie me lo había mencionado antes. Lo había leído en la portada del disco de mi madre.

—Christian Samper... —me oí susurrar al abrigo de la pequeña lumbre de la mesita de noche de Violeta.

Y allí estaba Samper, misterioso y sombrío, sin rostro, tras la figura de mi madre en primer término, joven y viva para siempre. Tomé el disco y salí de allí tan sigilosamente como había entrado.

Fuera, en el pasillo, los murmullos que llegaban del mirador se arrastraban más intensos y continuados que un par de minutos antes. Pero ya no eran murmullos, sino jadeos. Una sospecha comenzó a quemarme el estómago, el temor que acompaña a una evidencia difícil de aceptar: Violeta. Su cama desecha y sus sábanas frías se cruzaron en mi cabeza. Recordé entonces las palabras de doña Ana, sabia, advirtiéndome de que, al final, sólo conseguiría hacerme daño a mí mismo. Y precisamente eso fue lo que me impulsó a subir hacia el punto más alto de la casa. Quería la verdad, aún a riesgo de saber que la encontraría. Y así fue.

Agarrada a una de las columnas del minarete, rozando su cara contra la piedra, Violeta soportaba trémula las acometidas de Sergio. Ella, a quien tantas veces había imaginado sólo para mí, idealizada hasta lo enfermizo, gemía entre estertores como si el mundo fuera acabarse de inmediato. Y mientras tanto, Sergio agarraba triunfante con fuerza aquellas nalgas voluptuosas que yo sólo había conseguido dibujar en mi duermaveja, deslizando con suciedad sus manos sudorosas por aquella delicada porcelana en apariencia, por sus caderas, por sus pechos, retorciéndolos con frenesí a sabiendas de que no era dolor sino placer lo que ella mordía con la punta de sus dientes. Me sentí de repente el ser más insignificante de todo el planeta. Un auténtico idiota, eso es lo que era. Violeta volvió la cara y miró en mi dirección como si me hubiese presentido. Por un momento me creí descubierto, pero al instante volvió el rostro hacia la columna y siguió gozando de aquello que me había confesado no conocer. No podía seguir mirando. Con eso era suficiente.

Retrocedí con la misma suavidad con la que había subido y me marché de vuelta al mundo que me pertenecía. Bajé cada escalón con un nudo en la garganta, agarrando contra mi pecho el pequeño disco de música, culpable y traidor por haberme desprendido de su alma y su voz, la de la única mujer que me había amado en toda mi vida. Y ésa de arriba era la propina, la que me merecía.

Al final de la escalera encontré a quien menos esperaba, Durán. Me aguardaba con un cigarro entre sus dedos y una sonrisa en la boca, la de quien nunca pierde.

—¿Un cigarrillo? —me ofreció—. Es buen momento para empezar. Nunca viene mal para un disgusto.

Negué en silencio. Durán miró aquello que aferraban mis manos con tanto celo.

Tendió una mano, esperando a que se lo entregara. No opuse resistencia. El vigilante tomó el disco y escrutó su portada en la penumbra de arriba abajo. Luego vio algo que le desbarató la boca. Entonces sonrió como si de repente ese algo que había encontrado en la portada le hiciera tanta gracia, con un «vaya, vaya, vaya...» que dejó escapar.

—No hace mucho me dijiste que tu madre nunca había grabado un disco.

—Lo encontré entre sus cosas el mismo día que la enterramos —se me ocurrió.

—Es cierto —pareció recordar—. Siento lo de tu madre, Martín, he sido un poco... insensible. Lo siento de veras. Mis condolencias.

—Gracias.

Había cierta sinceridad en sus palabras que no supe cómo calibrar. Después de eso volvió a echar un último vistazo al disco y me lo devolvió.

—Por cierto, espero que no me tengas en cuenta lo de la otra noche. ¿Volvemos a ser amigos?

Asentí mudo, no tenía otra salida.

—Buen chico —dijo—. Ahora, si me disculpas...

Durán se perdió escalera arriba con ganas de dar un buen escarmiento. Se lo pedía el cuerpo. Después de meses bajo su atenta mirada había aprendido a leer en ella. Durán... Incluso la sombra de su nombre me ponía los pelos de punta. Aferré una vez más el disco de mi madre y le di la espalda a aquellos escalones con la conciencia tranquila de quien sabe lavarse las manos sin reproche. El primer grito de Sergio me hizo apretar el paso. Abrí la puerta del dormitorio con el corazón en la boca y un regusto a sangre bajo la lengua. Las súplicas de Sergio y los golpes de Durán se colaron enseguida entre las camas levantando un puñado de cabezas de la almohada, alertadas por aquellos lamentos que venían del torreón. Fuera, una espantosa jauría de aullidos despertó en la oscuridad del páramo. Y entre todos despedazaron el silencio de la noche en mil pedazos.

Me metí con el disco en la cama faltándome el aire, unas pocas lágrimas de arrepentimiento y un nuevo nombre a las puertas del sueño, el de Christian Samper.

Después de aquella noche comprendí que el mundo es un lugar extraño lleno de gente a la que antes de conocer es mejor olvidar para siempre.